

Bianca™

Vidas entrelazadas

Trish Morey

Trish Morey

Vidas entrelazadas

Bianca [2107]

Vidas entrelazadas
Trish Morey

VIDAS ENTRELAZADAS, N.º 2107 — septiembre 2011
Título original: The Heir from Nowhere

Argumento:

El mundo cuidadosamente ordenado de Dominic Pirelli se hundió cuando una desconocida lo llamó por teléfono y le dio una noticia pasmosa: por una confusión de la clínica de fertilización in vitro, ella estaba embarazada del bebé que Dominic y su difunta esposa soñaban con tener.

Aunque desconfíaba de sus motivos, Dominic decidió mantener cerca a Angelina Cameron. Tras llevarla a su lujosa mansión, empezó a sentir admiración por la fortaleza de Angie mientras su cuerpo iba cambiando con la nueva vida que llevaba en su interior.

Pero cuando naciera el niño, ¿quién tendría la custodia del heredero de Pirelli?

Capítulo 1

NO ME conoces, pero voy a tener un hijo tuyo. Dominic Pirelli se sintió como si la sangre se le hubiera congelado repentinamente en el corazón, un corazón que se había vuelto de piedra hacía tiempo. Y aunque quiso colgar el teléfono, fue incapaz de realizar el movimiento necesario. Sólo pudo decir una cosa: —No.

Luego, muy despacio, su pulso recobró la normalidad. Era imposible. No importaba lo que el médico le había intentado decir esa misma mañana. No importaba lo que aquella mujer le decía en ese momento. No podía ser posible.

Las palabras sonaron una y otra vez en su mente, pero le parecía tan irracional, tan carente de sentido, que no llegaba a creerlo. Una desconocida iba a tener un hijo suyo.

Respiró hondo e intentó recobrar el control de un día que se había convertido en una verdadera locura.

No estaba acostumbrado a sentirse a la deriva. En un día normal, había pocas cosas que pudieran turbar a un multimillonario de tanto éxito como Dominic Pirelli. Más de un competidor lo había intentado y habría fracasado en el intento. Más de una mujer había querido echarle el lazo y había corrido la misma suerte.

Pero aquel no era un día normal. Había dejado de serlo una hora antes, cuando recibió la llamada telefónica de la clínica.

Al principio, pensó que sería un error.

Se dijo que era imposible.

Habían pasado tantos años que llegó a la conclusión de que alguien había mezclado los datos de los archivos y lo habían llamado a él. Y eso fue precisamente lo que alegó, pero le dijeron que el único error se había cometido tres meses antes, cuando se equivocaron con el embrión de la fecundación *in vitro*.

A pesar de ello, Dominic no quiso creerlo.

Hasta que el teléfono sonó por segunda vez y se encontró hablando con una desconocida que afirmaba estar embarazada de él.

Se sentó en el sillón y pensó que estaba soñando. Pero no era un sueño; veía perfectamente los yates y los transbordadores que pasaban en ese momento bajo el Harbour Bridge de Sidney, en un día despejado.

Cerró los ojos y se frotó las sienes, pero su angustia no desapareció.

No podía ser verdad.

No debía serlo.

—Señor Pirelli… —dijo una voz tímida, temblorosa—. ¿Sigue ahí?

Él suspiró con pesadez.

—¿Por qué me hace esto? ¿Qué diablos pretende?

Dominic oyó un grito ahogado y casi se arrepintió de haber sido tan seco con ella. Casi.

Porque a fin de cuentas, sólo había insinuado la verdad. Sabía por experiencia propia que la gente no hacía cierto tipo de cosas si no esperaba ganar algo.

—No pretendo nada. Simplemente me pareció que, en estas circunstancias, tenía derecho a saberlo.

—No la creo.

La mujer tardó unos segundos en hablar.

—Lo siento; no sé qué podría decir para que me crea. Sólo podría hablar con usted… ver si existe alguna forma de salir de este lío.

—¿Alguna forma? ¿Ha pensado que puedo sacar una solución de la chistera, como si fuera un prestidigitador? ¿O es que cree en las hadas?

El tono de Dominic fue tan despectivo que supuso que la mujer colgaría; pero sorprendentemente, no lo hizo.

—Sé que esto es muy duro para usted. Lo comprendo.

—¿En serio? Lo dudo mucho.

—¡También es difícil para mí! —exclamó, dolida—. ¿Piensa que me llevé una alegría al saber que llevaba un hijo suyo?

Un hijo. Cuando Dominic escuchó las dos palabras, se sintió

como si lo hubieran despertado con un puñetazo en el estómago. Aquella mujer no llevaba un concepto en su vientre, sino un niño; el niño que Carla y él habían luchado tanto por tener; el niño que ella no podía concebir; el niño que el destino les había negado incluso después de que ella se sometiera a un proceso de reproducción asistida.

Y, sin embargo, una desconocida había tenido éxito donde Carla había fracasado.

Se preguntó por qué y no encontró respuesta.

Se preguntó quién era esa mujer que había despertado sus fantasmas y trastocado su mundo; con qué derecho se atrevía a jugar con él.

Llegó a la conclusión de que no podía tratar el asunto por teléfono. Necesitaba hablar con ella, en persona.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Angie. Angie Cameron.

—Mire, señorita Cameron…

—Es señora, pero prefiero que me llame Angie, simplemente.

La voz de Angie Cameron era tan juvenil que a Dominic no se le había ocurrido la posibilidad de que estuviera casada; pero tampoco le sorprendió.

—Mire, señora Cameron —insistió—, éste no es un asunto que podamos discutir por teléfono.

—Lo comprendo.

Él respiró hondo y sacudió la cabeza. Aquella mujer hablaba como si fuera una especie de psicóloga. En lugar de lamentar su mala suerte y de clamar contra la injusticia del mundo por haberlos puesto en semejante situación, se limitaba a decir que lo comprendía.

—Nos deberíamos reunir tan pronto como sea posible. Le pondré en contacto con mi secretaria para que se encargue de los detalles.

Dominic pulsó un botón y colgó el teléfono. Tenía la frente cubierta de sudor y los pulmones le ardían como si hubiera corrido un maratón, aunque se intentó convencer de que todo saldría bien. Simone, su secretaria, sabría solucionarlo. Simone siempre encontraba la forma de arreglar los problemas.

Angie. Angie Cameron.

Se repitió el nombre de la desconocida e intentó contener la ira

y la desesperación que lo dominaban, buscando inútilmente una salida, como la lava de un volcán al borde de la erupción.

Lo imposible había sucedido.

Lo impensable.

Y alguien iba a pagar por ello.

Capítulo 2

AÚN LE temblaban las manos cuando colgó el teléfono, sorprendida por su propia inocencia. Era perfectamente normal que Dominic Pirelli reaccionara de ese modo. Se había engañado al pensar que se lo tomaría mejor. Sacó un pañuelo y se secó las lágrimas.

Ella misma se había llevado un disgusto al saber lo que había pasado. Pero no tenía la culpa. Además, ahora estaba embarazada de un niño que nunca había querido, de un niño que sólo había aceptado tener porque Shayne estaba obsesionado por tener descendencia. Y

ni siquiera iba a ser suyo.

Resultaba tremendamente irónico que después de Shayne se tomara tantas molestias y se gastara tanto dinero en la clínica Carmichael, la mejor clínica en técnicas de reproducción asistida de toda Australia, los médicos la hubieran llamado por teléfono para decirle que se habían equivocado.

Cerró los ojos con fuerza y apretó los puños.

Aquel niño tenía mala suerte. Iba a ser hijo de una madre que no quería serlo y de un padre equivocado.

—Lo siento, pequeño; pero vamos a conocer pronto a tu padre. Y tal vez a tu madre, si se lo entrego en adopción —dijo en voz alta.

Una lágrima solitaria descendió por su mejilla. Se había acordado de la voz profunda y llena de ira de aquel hombre, quien parecía responsabilizarla del error. Se había acordado de la furia de Shayne cuando lo supo, una furia que se volvió inmediatamente contra ella.

Shayne siempre había sido así. Siempre la culpaba de todo.

Pero al menos, había conseguido que la secretaria de Dominic

Pirelli le concediera una cita para el día siguiente. Y eso era lo mejor que podía hacer por el niño que creía en su interior. Le podía dar una familia, unos padres de verdad, dos personas que lo quisieran.

Un coche se detuvo en el exterior. Miró la hora en el reloj de pared, vio que casi eran las seis de la tarde y sintió pánico al pensar que Shayne estaba y que aún no había empezado a prepararle la cena.

Sin embargo, el pánico se transformó rápidamente en dolor.

Porque Shayne ya no iba a volver.

Se había quedado sola.

El paseo marítimo estaba lleno de gente que disfrutaba del día de fiesta y se dedicaba a grabar vídeos o comer helados. En el cielo, las gaviotas no dejaban de chillar; y junto al agua, un grupo de turistas contemplaba una competición de veleros a escala.

Dominic suspiró, sintiéndose fuera de lugar. Miró a Simone y lamentó que hubiera elegido un lugar tan público para quedar con Angie Cameron.

Sin embargo, su secretaria estaba en lo cierto. Era mejor que se encontraran en terreno neutral, lejos de la sede de su bufete, que resultaba demasiado formal y que podía dar la impresión equivocada de que pretendía llegar a algún tipo de acuerdo con Cameron.

Se quitó la chaqueta y se la colgó del hombro. Además, aquel lugar tenía una ventaja añadida; le permitía ser un ciudadano anónimo, un simple ejecutivo que se estaba tomando un descanso y en quien nadie reconocía a Dominic Pirelli, el famoso inversor.

Hasta habría resultado agradable en otras circunstancias.

Pero desgraciadamente, estaban esperando a la mujer que se había quedado embarazada de él por error.

Miró la hora y vio que llegaba tarde.

—¿Crees que aparecerá? —preguntó Simone—. ¿Qué haremos si no se presenta? No dejó un número de teléfono.

Dominic no estaba preocupado por eso. Su conversación del día anterior había sido tan tensa que no le habría extrañado que se echara atrás, pero no importaba.

Tenía su nombre. Y ella esperaba un hijo suyo.

No se le iba a escapar.

—Aparecerá, descuida. Aparecerá.

A Angie le pesaban los ojos cuando cruzó el puente que llevaba a la zona turística de Sidney. No necesitaba mirarse en un espejo para saber el aspecto que tenía; a fin de cuentas, era acorde a lo que sentía en su interior.

Había pasado una noche terrible, llena de pesadillas. Y el contraste de su humor con el cálido y soleado día de verano le pareció injusto.

Estaba tan nerviosa que tenía ganas de vomitar. Aunque ni siquiera había desayunado.

Parpadeó, se puso las gafas de sol y de dispuso a recorrer los escasos metros que la separaban del paseo marítimo, deseando haberse puesto algo más ligero. En su empeño por mostrar una apariencia conservadora, se había puesto unos vaqueros y un jersey que resultaban muy poco adecuados para el calor.

Cuando la secretaria de Dominic Pirelli le propuso que se encontraran allí, se llevó una sorpresa. Hacía años que no se acercaba a esa zona de la ciudad, una de las más cosmopolitas; de hecho, había pasado tanto tiempo que no recordaba el sitio en particular, pero no dijo nada porque le dio vergüenza. Además, discutir sobre el lugar de la cita habría sido absurdo. Lo único importante era que el señor Pirelli estaba dispuesto a hablar con ella.

No era mala señal. Si quería verla, había muchas posibilidades de que también quisiera quedarse con el niño. Y eso era todo lo que quería. Sólo deseaba que el pequeño tuviera unos padres que le dieran su amor.

Lamentablemente, cabía la posibilidad de que no lo quisieran. Angie respiró hondo. Si no querían al niño, siempre había otras opciones, otras parejas sin hijos que lo cuidarían como si fuera suyo. Fuera como fuera, el pequeño sería feliz.

Sacó un papel arrugado del bolsillo, comprobó la dirección del lugar donde habían quedado y echó un vistazo a su alrededor. Cuando reconoció la entrada del centro comercial que la secretaria le había indicado, sintió angustia.

Sus pasos se volvieron más lentos a medida que se acercaba. Temía que Dominic Pirelli se hubiera marchado o que, al final,

hubiera decido no ir.

Segundos después, vio a una pareja en una de las mesas y pensó que tal vez fueran él y su esposa. Justo entonces, la mujer rompió a llorar y la propia Angie estuvo a punto de imitarla. Era una situación muy difícil para ella.

Volvió a mirar a su alrededor. Se fijó en un grupo de turistas japoneses que se apelotonaban en el paseo, una familia de italianos que estaban tomando helado y un hombre alto, situado de espaldas a ella, que llevaba la chaqueta colgada del hombro.

Le gustó de inmediato.

Incluso estando de espaldas, resultaba imponente. Y cuando se giró y le pudo ver el perfil, su atracción se volvió más intensa. Era de nariz recta, mandíbula fuerte y actitud firme.

Sacudió la cabeza y siguió mirando. En las cercanías había otra pareja, pero la mujer estaba demasiado tranquila para la situación y el hombre le pareció demasiado guapo, en un sentido clásico, para ser Dominic.

El sentimiento de culpa la consumía por dentro.

Había llegado tarde porque no estaba segura de estar haciendo lo adecuado.

Pero se armó de fuerzas y siguió andando.

—Mira. Puede que sean ellos.

Dominic se giró en la dirección que Simone le había indicado. Al ver a la pareja que estaba sentada a la mesa del bar, se preguntó si aquella mujer podía ser Angie Cameron y aquel hombre, su marido. Desde luego, no iban vestidos como turistas. Y ella tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando, lo cual encajaba en la situación.

Ella era alta, rubia y bastante atractiva, aunque de mirada triste. Él era mayor que ella; debía de tener alrededor de treinta y cinco años. Por la ropa que llevaban, no les faltaba el dinero.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —preguntó Simone.

—No sé qué decir, pero sólo hay una forma de salir de dudas.

Dominic y Simone se pusieron en marcha. Ya estaban a punto de llegar a la mesa cuando oyeron la voz de una mujer a su izquierda.

—¿Señor Pirelli?

Él se giró, sorprendido. Angie reaccionó con la misma cara de sorpresa, porque su pregunta no iba dirigida a él, sino al hombre

que estaba sentado con la mujer de ojos llorosos.

—¿Sí?

—¿Quién es usted?

Capítulo 3

ERA DELGADA y estaba tan pálida que parecía un fantasma. Además, su cabello rubio, recogido en una coleta, contribuía a aumentar la sensación general de debilidad.

—Soy Dominic Pirelli —respondió él.

—Oh… Simone decidió intervenir.

—Usted debe de ser la señora Cameron…

—Sí, en efecto —respondió con debilidad—. Soy Angie Cameron.

Su voz estaba llena de inseguridad y de miedo. No se parecía nada a las mujeres con las que Dominic estaba acostumbrado a tratar.

—Y supongo que usted debe de ser la señora Pirelli —continuó—. Lamento sinceramente que nos tengamos que conocer en estas circunstancias.

—Simone no es mi esposa. Es mi secretaria —afirmó Dominic.

Angie los miró con desconcierto y, de repente, se sintió mareada.

Él se dio cuenta y declaró, con voz ronca y profunda:

—Será mejor que nos sentemos. Parece a punto de desmayarse.

Dominic la llevó a una mesa vacía y se sentó con ella; después, dijo algo en voz baja a su secretaria y Simone se alejó con paso elegante.

—¿Dónde está su marido? —preguntó él, mirando alrededor—. Supongo que la habrá acompañado.

—No, no está aquí.

Él la miró con incredulidad.

—¿Ha permitido que venga sola? ¿En sus condiciones?

Ella estuvo a punto de sonreír. Era evidente que el señor Pirelli

no conocía a Shayne.
Pero se limitó a encogerse de hombros y a responder:
—Tampoco es para tanto. No parezco ninguna enfermedad terminal. Es verdad que siento náuseas por las mañanas, pero se me pasan enseguida —contestó.
Simone reapareció con una botella de agua, que le dio.
—Tenga, beba un poco —dijo—. Lo necesita.
Angie le dio las gracias, abrió la botella y echó un trago. El agua la refrescó al instante y la tranquilizó un poco. Ahora que ya se habían encontrado, no le parecía tan terrible; quizás pudieran llegar a un acuerdo satisfactorio para todos.
—¿Ha comido algo?
Angie sacudió la cabeza.
—No, no tenía hambre.
Sólo quería solucionar el problema y marcharse de allí, pero su estómago estaba en desacuerdo e hizo un ruido tan fuerte que Simone y Dominic se dieron cuenta.
—Puede que no la tuviera, pero es evidente que ahora la tiene —afirmó él.
—No, yo…
—Simone, ¿podrías reservar una mesa en el restaurante Marcello? Tan apartada del resto de la gente como sea posible —puntualizó—. Iremos enseguida.
—¿Estás seguro? ¿No querías hablar con ella en un lugar público?
—No podemos hablar aquí. Además, esta mujer necesita comer algo.
Simone miró a Angie con desconfianza, pero asintió.
—Sí, por supuesto.

La secretaria se volvió a marchar. Mientras se alejaba, Angie la miró y pensó que era extraordinariamente elegante. Sólo el corte de pelo le debía de haber costado una fortuna.
—No quiero causarle molestias, señor Pirelli.
Él la miró en silencio y tardó unos segundos en hablar.
—¿Podrá caminar? ¿Quiere que le eche una mano?
Angie notó que la observaba con detenimiento, como si se estuviera preguntando si aquella mujer de apariencia tan frágil era

capaz de tener un niño.

Molesta, se puso en pie para demostrarle que no era una inútil y que no necesitaba la ayuda de nadie.

—Gracias, pero no será necesario. Y sinceramente, tampoco quiero comer. Prefiero que afrontemos directamente nuestro problema y que encontremos una solución.

Él la miró con interés.

—Podemos hablar sobre nuestro problema, como usted dice, mientras comemos. Ahora no parece en condiciones de hablar de nada.

Dominic se levantó de la silla, la tomó del brazo y la llevó hacia el lugar por donde Simone había desaparecido. Angie se apartó bruscamente para romper el contacto, pero el movimiento llegó tarde porque él se le adelantó. Quizás había sentido la misma descarga eléctrica que ella. O quizás la había soltado porque ya había conseguido que caminara hacia el restaurante.

Fuera como fuera, Angie no se sentía con fuerzas para discutir. Además, él tenía razón.

Necesitaba comer algo. Sólo llevaba dinero para tomarse un bocadillo o un sándwich, pero serviría para calmar el hambre.

—¿Le he hecho daño?

Ella se quedó desconcertada.

—¿Daño? ¿A qué se refiere?

—A su brazo. Como se ha apartado con tanta brusquedad…

Angie se miró el brazo y se lo frotó con mirada ausente.

—Ah, no, no… no es eso.

Él le lanzó una mirada penetrante y ella bajó la cabeza.

—Me alegro. Está usted tan delgada que he pensado que le había roto un hueso sin querer. Al menos, nuestro encuentro servirá para que vuelva a su casa con algo en el estómago.

Angie se dijo que la opinión de Dominic Pirelli sobre su estado le importaba muy poco.

Aunque llegaran a un acuerdo sobre el niño, seguramente dejarían de verse en cuanto diera a luz y se lo entregara. Pero a pesar de ello, agradeció el comentario. Parecía indicar que era un hombre que se preocupaba por los demás.

Mientras caminaban, se preguntó dónde estaría su esposa. Le parecía extraño que se hubiera presentado en compañía de su

secretaria.

Pero era posible que estuviera demasiado ansiosa como para asistir a la reunión.

O tal vez, que Pirelli no le hubiera dicho nada todavía.

Contempló su perfil recto, la línea de su nariz y los ángulos duros de su mandíbula.

Dominic Pirelli tenía aspecto de ser un hombre implacable y observador. Si se había presentado con su secretaria porque quería conocerla a ella antes de hablar con su mujer, era evidente que no se habría llevado una gran impresión.

En cualquier caso, Angie pensó que carecía de importancia; a fin de cuentas era normal que quisiera proteger a su esposa. Pero sentía curiosidad.

—Por aquí —dijo él.

Dominic la tomó nuevamente del brazo y la llevó hacia una entrada lateral del centro comercial.

Ella se estremeció y lamentó haberlo visto aquel día. No estaba segura de que sus nervios pudieran soportar una reunión larga con ese hombre.

Y su nerviosismo no mejoró cuando vio que la llevaba hacia una zona particularmente cara del centro, llena de joyerías, galerías de arte, tiendas de diseñadores y boutiques donde Angie jamás se habría atrevido a entrar.

El restaurante, que estaba a poca distancia, resultó ser un lugar elegante y pequeño, casi íntimo.

Cuando vio el interior, se quedó helada. No era precisamente el tipo de establecimiento que solía frecuentar. Cualquiera se habría dado cuenta de que estaba muy por encima de sus posibilidades económicas.

—No puedo entrar ahí —protestó.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Porque…

Angie no sabía qué decir.

—Estoy esperando una respuesta.

—Porque no llevo ropa adecuada para un lugar tan elegante.

—Eso carece de importancia.

—¿Que carece de importancia? Dudo que me quieran servir con este aspecto.

—Tonterías. Usted viene conmigo, señora Cameron. Le aseguro que la servirán.

Ella se sintió atrapada. No tenía más remedio que decirle la verdad.

—Señor Pirelli…

—¿Sí?

—No puedo entrar en ese restaurante. No me puedo permitir ese lujo.

Él ni siquiera parpadeó.

—No se preocupe por eso; sobra decir que invito yo. Puede tomar lo que quiera.

—¿Está bromeando? ¿Lo que quiera?

Dominic asintió.

—Exactamente.

El estómago de Angie volvió a gruñir y su determinación flaqueó al instante. No le gustaba la idea de que un desconocido la invitara a comer en un sitio tan caro, sobre todo en esas circunstancias; pero por otra parte, había pasado mucho tiempo desde la última vez que había comido en un lugar decente.

Habían pasado cinco años.

Lo recordaba de sobra porque había sido en Navidad.

Y poco después de que su madre muriera.

El nerviosismo de Angie, junto con la tristeza de aquel recuerdo y la broma pesada que sus hormonas le estaban jugando se combinaron de tal modo que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Maldita sea… —protestó mientras se secaba los ojos—. Espero que me disculpe. Estoy algo alterada.

—Descuide; lo comprendo perfectamente

—De todas formas, le agradezco que me invite a comer.

—No me lo agradezca. No lo hago por usted, sino por el bien del bebé —dijo con frialdad.

La puerta de los recuerdos de Angie se cerró de golpe. El comentario de Dominic la había herido en su orgullo.

—Dígame algo que no sepa, señor Pirelli —contra atacó.

Angie entró en el restaurante con sus vaqueros desgastados, su jersey barato y toda la dignidad de la que fue capaz. Además, la actitud despreciativa de aquel hombre, al que sólo le importaba el

bienestar del niño, no significaba que ella no pudiera aprovechar la situación y disfrutar de su primera comida decente en mucho tiempo.

Pero la valentía de Angie se esfumó cuando el maître se acercó a ellos y se dirigió directamente a Pirelli, como si ella fuera invisible.

—Me alegro de verlo, señor Pirelli; ya sabe que su presencia nos honra siempre —dijo—.

Síganme, por favor.

Angie siguió a los dos hombres, intentando pasar desapercibida. Pero pasar desapercibida entre clientes de la clase social de Pirelli era una misión imposible. Todo el mundo se fijó. Las mujeres lo devoraban a él con los ojos y luego se giraban hacia ella y le dedicaban una mirada tan llena de desprecio como de sorpresa, como si no entendieran que una pobretona acompañara al gran hombre.

Se sintió tan avergonzada que caminó cabizbaja, clavando la mirada en la vista en la moqueta roja para no sentirse herida por sus expresiones. Pero desgraciadamente, pudo oír los comentarios irónicos y las risas.

Por fin, llegaron a su mesa. Estaba a cierta distancia de las demás, junto a un ventanal enorme con vistas preciosas.

— *¿Madame?* —dijo el *maître*.

Angie tardó en comprender que se dirigía a ella y que le estaba ofreciendo la silla que había apartado ligeramente de la mesa.

Aceptó el ofrecimiento y se sentó, intentando mantener la calma. Dominic Pirelli se sentó enfrente y departió durante unos segundos con el *maître*. Mientras ellos hablaban, ella alcanzó la carta y simuló que consultaba los platos, aunque no le prestó ninguna atención.

En realidad, se estaba preguntando por Pirelli. El *maître* de un restaurante tan caro y tan exclusivo como aquel no dedicaba tanto esfuerzo a nadie si la persona en cuestión no era verdaderamente importante.

Habría dado cualquier cosa por saber a qué se dedicaba y cuánto dinero tenía, pero no se lo podía preguntar. De modo que dejó la carta a un lado y se dedicó a admirar las vistas del puerto.

—Hoy tengo un poco de prisa, Diego —dijo él en ese momento —. La señora Cameron debe marcharse pronto.

El maître asintió.

—Lo comprendo, señor. ¿Quieren pedir la comida ahora mismo?

Simone, que reapareció en ese instante, fue la primera en responder:

—Yo tomaré la ensalada de siempre.

—¿Qué le apetece a usted, señora Cameron?

En otras circunstancias, Angie habría optado por lo mismo que Simone, pero necesitaba comer algo más sustancial.

—¿Tienen carne? —preguntó.

Simone se sonrió. El *maître* parpadeó.

—Le recomiendo el osobuco —intervino Dominic en su defensa —. Buena elección. Yo pediré lo mismo.

Ella asintió, agradecida, y el *maître* se marchó.

—¿Vive lejos de aquí, señora Cameron? —preguntó él.

Angie sacudió la cabeza.

—No demasiado. Vivo en Shervill.

—¿No demasiado? —dijo Simone, mirándola como si la creyera una extraterrestre—. Pero si Shervill está a medio camino de Peth… Ni siquiera imagino por qué hay personas que quieran vivir allí.

Angie estuvo a punto de responder que la gente vivía en ese barrio porque no tenía más dinero para vivir en zonas más elegantes o más cercanas al centro de Sidney, pero se lo calló.

—Sólo está a una hora en el tren de cercanías.

Dominic le lanzó una mirada completamente opaca antes de dirigirse a su secretaria.

—Simone, creo que ya no necesito de tus servicios. Si te parece bien, puedes volver a la oficina.

—¿Te parece lo más apropiado?

Era evidente que Simone se había quedado tan sorprendida como la propia Angie. Su jefe la estaba echando, aunque lo hubiera hecho de forma educada. Y la estaba echando cuando ya había pedido una ensalada para comer.

—Por supuesto. Nos veremos más tarde.

La secretaria no tuvo más remedio que levantarse de la mesa y marcharse. Poco después, apareció un camarero con una botella de agua y una cesta con panecillos, que Angie agradeció. Los panecillos estaban excelentes; y el agua, muy fresca.

—Disculpe. ¿Puede anular la comida de mi secretaria? —dijo

Dominic—. Acaba de pedir una ensalada, pero se ha tenido que ir.

—Naturalmente, señor.

Al cabo de un par de minutos, el camarero regresó con dos platos enormes de carne, servidos con arroz y verduras.

Angie lo miró y preguntó, curiosa:

—¿Qué es esto?

—¿No ha probado nunca el osobuco? —preguntó él, atónito—. Bueno, no se preocupe, estoy seguro de que le gustará.

—Desde luego, huele muy bien…

Angie volvió a mirar su plato. No sabía ni por dónde empezar.

—Es un plato italiano bastante conocido. ¿Le gusta la comida italiana? —se interesó.

Ella sacudió la cabeza. A Shayne nunca le había gustado la comida mediterránea; de hecho, no le gustaba ningún tipo de comida que tuviera algo parecido a sabor, de modo que Angie había dejado de experimentar en la cocina y se limitaba a prepararle platos tan sobrios como simples salchichas con puré de patatas.

—Sinceramente, no lo sé.

—Pruébelo —la invitó.

Angie descubrió pronto que no necesitaría cuchillo, porque la carne estaba tan suave que casi se deshacía. Introdujo el tenedor, añadió un poco de arroz y de verduras y se lo llevó a la boca.

Le gustó tanto que soltó un suspiro de placer. Estaba verdaderamente exquisito.

—Qué delicia… —dijo.

Él estuvo a punto de sonreír. Ella se sintió avergonzada.

Sin embargo, su vergüenza no se debió al hecho de haber vuelto a demostrar que no era precisamente una mujer de mundo, sino a su propia reacción ante el conato de sonrisa de Dominic Pirelli.

De repente, había dejado de ser un hombre poderoso y se había convertido en otra cosa.

De repente, le parecía un hombre real. Un hombre, devastadoramente real.

Y le gustó tanto que tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de mirarlo.

—Vamos, coma —ordenó él—. Ya hablaremos después.

Dominic no había imaginado nunca que una mujer pudiera

comer tanto. Simone se limitaba siempre a sus ensaladas mixtas, y en la mayoría de los casos, las dejaba sin terminar.

En cambio, Angie Cameron había devorado su plato de osobuco como si no hubiera comido nada en varios años. Y no contenta con el plato, también había dado buena cuenta de los panecillos.

Aquella mujer era un caso aparte; no se parecía a ninguna de las que conocía. Pero le restó importancia y se dijo que, al menos, no volvería a casa con hambre. Ni haría pasar hambre a su hijo.

Su hijo.

Habían transcurrido veinticuatro horas desde que recibió la llamada de la clínica.

Veinticuatro horas desde que lo informaron del error que habían cometido. Veinticuatro horas desde que supo que una desconocida estaba embarazada de él. Y a pesar de ello, seguía sin asumirlo.

En otro tiempo, habría dado cualquier cosa por ser padre; aunque sólo hubiera sido para contemplar la sonrisa y la felicidad de Carla. Pero la felicidad de su difunta esposa se transformó poco a poco en desesperación y angustia. El proceso de fertilización resultó un fracaso y Dominic casi se alegró cuando el médico les recomendó que lo interrumpieran. Al menos, Carla dejaría de sufrir.

Y ahora, muchos años después, iba a ser padre. Con una mujer con quien ni siquiera había hablado hasta el día anterior.

Era una noticia tan irónica como agridulce.

Una broma del destino.

Se quitó la servilleta de la pierna y la dejó en la mesa. Efectivamente, era una broma del destino. Una broma cruel. Porque aquella mujer tenía algo en común con Carla.

La doctora Carmichael le había asegurado que Angie Cameron gozaba de buena salud, pero su apariencia física decía lo contrario. Incluso había estado a punto de desmayarse.

Estaba pálida, casi en los huesos, y tenía unas ojeras tan pronunciadas como si no hubiera dormido en varios días.

No obstante, se intentó animar con su apetito. En eso no se parecía a Carla. Su esposa comía poco o nada; y cuando comía, terminaba en el cuarto de baño y terminaba vomitándolo todo.

Miró a Angie y pensó que en cualquier momento se excusaría y se marcharía de allí.

Pero se llevó una buena sorpresa, porque justo entonces, se echó

hacia atrás, se recostó en la silla y declaró, con expresión de satisfacción:

—Qué maravilla. Estoy tan llena que no podré comer en varias semanas.

En otras circunstancias, Dominic habría sonreído; pero su experiencia con Carla había sido tan dura que sólo tenía motivos para desconfiar. Debía conseguir que Angie Cameron permaneciera allí un mínimo de veinte minutos, el tiempo necesario para que su cuerpo empezara a absorber los nutrientes de la comida. No quería darle ocasión de que hiciera lo mismo que su difunta esposa.

Los camareros retiraron los platos y ellos pidieron café. Mientras esperaban, Angie bebió un poco de agua. En ningún momento hizo ademán de querer ir al servicio.

Dominic se sintió aliviado y la observó con más detenimiento. En cuestión de unos minutos, había experimentado un cambio milagroso. Sus mejillas habían recuperado el color y sus labios le parecieron mucho más generosos y atrayentes que antes. Hasta sus ojeras se habían difuminado; ahora sólo eran unas sombras casi imperceptibles alrededor de unos ojos preciosos, de color azul claro, muy grandes.

Los escudriñó, intentando adivinar sus pensamientos, descubrir el verdadero motivo que la había llevado hasta allí.

Ella apartó la mirada y él se preguntó si le estaba ocultando algo. Pero sólo había una forma de saberlo.

—Muy bien, hablemos de nuestro problema.

Angie se pasó la lengua por los labios. Un segundo antes, era una mujer absolutamente satisfecha con la vida; una mujer encantada con la experiencia culinaria que le acababan de ofrecer. Ahora sólo era una mujer preocupada y hasta resentida con su acompañante, que hablaba con frialdad, como si su embarazo no fuera más que un asunto de negocios.

Por si eso fuera poco, Dominic sacó una grabadora, la puso sobre la mesa y la encendió.

—¿Para qué es eso? —preguntó ella.

—Para grabar la conversación —contestó—. Pero descuide, le daré una copia. Ella parpadeó, asombrada. —No confía en mí… —dijo. Los ojos de Dominic se clavaron en Angie.

Unos ojos que le parecieron mucho más oscuros que antes, de una oscuridad casi tan profunda como su voz.

—Yo no he dicho que no confíe en usted.

—No necesita decirlo; es más que evidente. Ahora entiendo que me haya invitado a comer en un restaurante. Se quería asegurar de que comía algo; pero no por mi bien, sino por el bien del niño.

Él se recostó en la silla. Angie se fijó entonces en la anchura y en la fuerza de su pecho, cuyo color moreno, que se adivinaba por el cuello de la camisa, contrastaba vivamente con el blanco de la tela.

—Señora Cameron…

—¿Sí? —dijo ella, tensa.

—Véalo desde este punto de vista. Ni yo la conozco a usted ni usted me conoce a mí. Y

por otra parte, aunque nos conociéramos, faltan muchos meses hasta el parto —observó—.

Conviene que aclaremos las cosas desde el principio y que lleguemos a algún tipo de entendimiento para que no se produzcan malentendidos. ¿No le parece?

—¿A qué tipo de entendimiento?

Él se encogió de hombros. Fue un movimiento leve y absolutamente normal, pero suficiente para que Angie se diera cuenta de que era un hombre de gran fuerza física, capaz de librarse de ella con increíble facilidad.

—Al necesario para que ni usted ni yo digamos algo ahora y cambiemos de opinión antes de que nazca el niño.

—Yo no voy a cambiar de opinión.

—En tal caso, no tiene que preocuparse por nada.

—Ni usted tiene que grabar la conversación.

Él se inclinó hacia delante.

—Eso depende, señora Cameron. La confianza tiene que ser mutua. Si no llegamos a un acuerdo ahora, podría ser yo quien cambie de opinión.

Para Angie, aquello no tenía ningún sentido. Pirelli hablaba de malentendidos y de confianza, pero eso no estaba en sus planes. Creía que iría a verlo y que él se quedaría con el bebé. Así de sencillo.

Aunque quizás no fuera tan sencillo.

—¿Insinúa que usted no es un hombre digno de confianza?

Él sonrió, pero la miró con tanta frialdad que ella supo que se había sobrepasado.

—Como ya he dicho, señora Cameron, no nos conocemos. Y no estamos hablando de cuidar de un perrito o un gatito abandonado, sino de mi hijo, de un niño que nacerá dentro de unos meses. ¿Cree que puedo dejar algo tan importante en manos de la suerte? Quiero que lleguemos a un acuerdo y que lo pongamos por escrito, para que ni usted ni yo podamos cambiar de opinión más tarde.

Ella suspiró y apoyó la cabeza en las manos. Definitivamente, aquello no era como lo había imaginado.

Pero él tenía razón al afirmar que estaban hablando del futuro de un niño, no de un animal de compañía; y también tenía razón al proponer que llegaran a algún tipo de compromiso mutuo.

—Está bien, lo haremos a su manera.

—Excelente —dijo él, con más impaciencia que satisfacción por el triunfo—. En tal caso, empecemos por lo más básico.

—Le escucho.

—Si no lo he entendido mal, lleva alrededor de doce semanas de embarazo de un niño que no es suyo. ¿Es así?

—Sí.

—Y a pesar de llevar doce semanas de embarazo… ¿esperó hasta ayer para decírmelo?

—Sí —repitió.

—¿Por qué, señora Cameron? ¿Qué pretende?

—¿Qué cree que pretendo, señor Pirelli? —contraatacó ella, molesta.

—No lo sé. Fue usted quien me llamó a mí —le recordó.

Ella suspiró.

—Está bien, se lo diré. No siento que el hijo que estoy esperando sea mío. Lo llamé por teléfono porque pensé que era lo justo… y esperaba que, quizás, quisiera hacerse cargo de él.

—Porque usted no lo quiere…

Dominic lo dijo con un tono tan seco que pareció una acusación.

—Eso no importa. Es su hijo.

—Entonces, ¿ está dispuesta a renunciar al niño?

—Por supuesto.

—¿En cuanto nazca?

—Por motivos evidentes, no puedo renunciar antes —se burló—.

Pues claro que estoy diciendo eso, señor Pirelli; por eso estoy aquí. Aunque lo lleve en mi vientre, ese niño no tiene nada que ver conmigo.

—De modo que me lo entregará, se marchará y no querrá saber nada de él.

—¿Por qué querría saber de él? Acabo de decir que no es mi hijo.

Él se inclinó hacia delante.

—Verá, señora Cameron… lo que dice resulta muy difícil de creer. ¿Verdaderamente está dispuesta a llevar un niño en su interior, durante tantos meses, a pesar de que ni siquiera lo considera suyo? En su caso, cualquier mujer habría abortado ya —declaró, mirándola con desconfianza—. A no ser que espere algo a cambio.

Capítulo 4

NO SÉ qué está insinuando. —Oh, vamos. ¿Espera que crea que lo suyo es un acto altruista y que está dispuesta a darme el niño sin esperar nada a cambio? ¿Nada en absoluto?

¿Por qué no es sincera de una vez? Déjese de tonterías y dígame cuánto dinero quiere.

Angie sacudió la cabeza. Durante la conversación telefónica del día anterior, había sido evidente que Dominic Pirelli desconfiaba de ella; pero lo atribuyó a la sorpresa que se había llevado.

—Esto no tiene nada que ver con el dinero.

Dominic la miró con incredulidad.

—Por favor, señora Cameron. Cualquiera se daría cuenta de que un poco de dinero le vendría muy bien.

Naturalmente, había acertado en la suposición; pero no estaba a dispuesta a aceptar que la tratara como si él fuera un rey y ella, un súbdito sin importancia. No quería nada suyo. No quería nada de los hombres como él.

No volvería a cometer ese error.

Sin embargo, la parte más oscura de su ser le dijo que debía aprovechar la circunstancia y jugar a su juego. Además, si estaba tan dispuesto a darle dinero, quién era ella para rechazarlo. En la clínica le habían prometido que se harían cargo de todos los gastos médicos, pero Shayne no le había dado ni un dólar y sus ahorros eran tan escasos que durarían poco, sobre todo después de haber perdido su empleo.

—¿Qué me está ofreciendo, señor Pirelli?

Él no movió ni un músculo; pero le dedicó una media sonrisa tan dudosa que Angie tuvo la sensación de que había cometido un error terrible.

—Le ofrezco dinero a cambio de las molestias. A fin de cuentas, está embarazada del hijo de otro hombre, de un hijo que no quiere. Y supongo que querrá pasar página tan pronto como sea posible para someterse otra vez al tratamiento y tener otro.

Ella bajó la mirada, se mordió el labio inferior y se quedó en silencio, como si estuviera considerando sus palabras. Dominic la observó y se preguntó si ya estaría contando el dinero que iba a ganar y si sería consciente de la impresión que daba cuando se mordía el labio.

Parecía la mujer más inocente del mundo. Y aunque él no creía que fue ra inocente, fue incapaz de apartar la mirada.

—Le agradezco que se preocupe por mi situación, señor Pirelli, pero lo que haga después de dar a luz, es asunto mío. Y he decidido que quiero esperar.

—¿Esperar? ¿Y qué opina al respecto su marido?

Angie miró a su alrededor con ansiedad. Dominic pensó que quizás estaba buscando al camarero, pero le pareció improbable. Desde que terminaron el café, sólo había tomado agua.

Y la botella seguía medio llena.

—Él… bueno, digamos que ha dejado este asunto en mis manos.

—Pero supongo que todo este asunto lo habrá incomodado…

Ella se lamió los labios y alcanzó el vaso, pero no bebió.

—Mi marido y yo llegamos a un acuerdo.

—¿A qué tipo de acuerdo?

—A un tipo de acuerdo que queda entre Shayne y yo. A un tipo de acuerdo que no es asunto suyo —contestó ella.

—¿Qué no es asunto mío? ¿Debo recordarle que lleva a mi hijo en su vientre?

Angie empezó a perder la paciencia.

—¿Quiere al niño? ¿O no? Porque si no lo quiere, lo entregaré en adopción. Hay muchísimas familias que lo querrían.

—Mi hijo no va a ser entregado en adopción —bramó él.

—No estaría aquí si tuviera esa intención, señor Pirelli —dijo ella, más tranquila—. Pero no sé por qué tengo que soportar su desconfianza; si hubiera abortado, no tendría ahora estos problemas.

—No, por supuesto que no. Pero sabía que con un aborto no

ganaría nada, así que decidió vender al pequeño.

—¡Cómo se atreve! —protestó ella, indignada—. ¿Cómo se atreve a decir que yo quiero vender a un niño? ¿Por qué clase de persona me ha tomado?

—No sé qué clase de persona es usted, señora Cameron; sólo sé que usted es la primera mujer que conozco que está dispuesta a soportar todo un embarazo por un niño que no considera suyo y que ni siquiera le interesa —respondió—. ¿Qué espera que piense? La motivación económica es la más probable en estos casos. Además, está tan flaca que se nota que necesita dinero.

Aquello fue demasiado para ella.

Se levantó, sintiendo náuseas por la desconfianza y las referencias constantes de Pirelli a su estado físico.

—Como acaba de decir, usted no me conoce; no me conoce en absoluto. Y es obvio que he cometido un error al venir aquí. Pensaba que estaría interesado en criar al niño, pero ya veo que sólo le preocupa el dinero. Pensándolo bien, es mejor que el pequeño crezca tan lejos de usted como sea posible. Gracias por la comida, señor Pirelli. Me voy.

—Usted no se va a ninguna parte —bramó.

Angie alcanzó el bolso para colgárselo al hombro, pero él lo agarró al mismo tiempo y el bolso terminó en el suelo. Todo su contenido se desparramó por la moqueta.

—Mire lo ha que ha hecho…

Ella se arrodilló y empezó a recoger sus pertenencias. El folleto de los horarios del tren de cercanías, su viejo cepillo, su pintalabios, su maquillaje y lo que quedaba de la botella de agua que Simone le había llevado.

Pero no vio su cartera por ninguna parte.

—Mi cartera —dijo—. ¿Dónde está mi cartera?

—¿Está segura de que la llevaba encima?

Él le puso una mano en el codo y la ayudó a levantarse.

—Estoy completamente segura.

Justo entonces, se acordó de que un hombre había tropezado con ella durante el trayecto en tren a Sidney. En su momento no le había dado importancia, pero ahora le pareció muy sospechoso.

—Dios mío. Acabo de recordar que un hombre tropezó conmigo en el tren. Pensé que había sido un accidente…

Angie se quedó tan pálida que Dominic tuvo miedo de que sufriera un desmayo. Se sentó nuevamente en la silla, sacó el teléfono móvil y marcó el número de teléfono de la policía mientras maldecía para sus adentros al canalla que había robado la cartera a una mujer que, obviamente, estaba en la ruina.

—¿Cuánto dinero llevaba?

—Veinte dólares —respondió—. Y el billete de ida y vuelta del tren de cercanías.

Los ojos de Angie se llenaron de lágrimas.

—Sé que he dicho cosas terribles de usted y que probablemente me odiará —continuó—, pero ¿podría prestarme algo para volver a casa?

Angie no dijo nada durante el trayecto en coche. Dominic no la presionó ni intentó romper el silencio. Ya habían dicho todo lo que tenían que decir durante la comida en el restaurante.

La rabia de Angie había sido una sorpresa para él. Había llegado a la conclusión equivocada de que carecía de pasión, de que la mediocridad de su aspecto era un reflejo de su personalidad; pero en lugar de hundirse ante sus recriminaciones y admitir que lo había hecho por dinero, se había rebelado contra él y se había levantado con intención de marcharse.

El ratón había resultado ser una leona.

Era una mujer orgullosa. Tanto, que pedirle dinero para volver a casa habría sido una humillación para ella.

En cuanto a Angie, lamentó no poder disfrutar del viaje. No tenía muchas ocasiones de viajar en un coche tan lujoso como aquel, que olía a cuero y al hombre que lo conducía, un hombre que la atraía profundamente. Lo miró, incapaz de resistirse, y admiró sus manos en el volante y la exactitud de sus movimientos cuando cambiaba de marcha.

Eran unas manos fuertes, unas manos que la estremecían cuando sentía su contacto. Las manos de un hombre poderoso, pero también implacable.

Echó un vistazo al interior del vehículo y pensó que Dominic Pirelli era tan rico como ella pobre. De hecho, ni siquiera sabía por qué se había empeñado en rechazar su dinero. A fin de cuentas, su dinero no cambiaría nada. Él la odiaba de todas formas; no había

hecho el menor intento por disimularlo.

Cerró los ojos con fuerza y pensó que había sido una ingenua. Shayne la había abandonado y ella se había obsesionado tanto con encontrar a los padres del niño y ofrecerle un futuro que se había olvidado de sus propios problemas.

Shayne la había abandonado y ella había dejado de pensar.

Pero el dinero de Pirelli podía ser su salvación. Aunque los plazos de la casa que su madre le había dejado en herencia no eran excesivos, necesitaba algún tipo de ingreso para comer y para pagar las facturas de los meses siguientes. Además, en algún momento tendría que reemplazar los muebles que Shayne se había llevado.

Definitivamente, rechazar la oferta de Pirelli había sido una estupidez.

Se preguntó por qué lo había hecho y se dijo que quizás había sido por su forma de plantearlo, por acusarla de querer vender un bebé; o tal vez, porque estaba harta de encontrarse con hombres que esperaban que obedeciera sus órdenes y se atuviera a sus deseos.

O por las dos cosas a la vez.

Dominic le lanzó una mirada rápida y notó que Angie tenía el ceño fruncido y cara de preocupación. Supuso que estaría pensando en la cartera que le habían robado y en los veinte dólares que llevaba dentro, cantidad que probablemente le parecería una fortuna.

Lamentó haber sido tan duro con ella.

Era increíble, pero cabía la posibilidad de que Angie Cameron fuera tan ingenua y tan sincera como daba a entender.

Apretó los dientes y pensó que, en cualquier caso, necesitaba su dinero. El niño no sobreviviría a los meses de embarazo con el orgullo y la obstinación de su madre. Si ella no era capaz de rebajarse a aceptar su ayuda, se la daría de todas formas.

En ese momento, pasaron por delante de Parramatta y siguieron la larga y recta autopista que Dominic había llegado a conocer como la palma de su mano.

Cada kilómetro que pasaba, se ponía más tenso. Cada kilómetro que dejaban atrás, le hacía retroceder un año más de su existencia. Cada mojón que reconocía, lo devolvía a un pasado que creía olvidado.

La autopista ya no era la misma; la habían mejorado y la habían ensanchado. En sus márgenes habían levantado edificios nuevos. Pero los recuerdos se empeñaban en volver como si no hubiera pasado un solo segundo.

Al cabo de unos minutos, vio el concesionario donde había comprado su primer coche.

Incluso ahora, al volante de un vehículo de lujo, echaba de menos la alegría y el entusiasmo de aquel momento. El coche que adquirió era un trasto tan destartalado que tuvo que hacerle un montón de arreglos. Pero funcionaba. Y doce meses después, le sirvió para marcharse.

Ni siquiera miró atrás. No tenía motivos. Sus padres habían muerto y sus abuelos habían muerto.

Se había quedado solo.

Al pensar en la soledad, recordó el problema que se le había presentado. Tenía que hacer algo para ayudar a esa mujer.

Y por fin, rompió el silencio.

—Los dos sabemos que necesita mi ayuda.

Ella lo miró.

—Lo sé. Tiene razón. Lo siento.

A Dominic le sorprendió que lo reconociera tan fácilmente, sin intentar discutir. Pero sobre todo, le sorprendió que se disculpara.

Había cometido un error al pensar mal de ella desde el principio.

—Quiero a ese niño —dijo él, sin apartar la vista de la carretera —. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario por su bienestar.

Angie asintió.

—Me alegra que lo quiera, señor Pirelli.

Su voz sonó tan vehemente que Dominic se preguntó por qué era tan importante para ella. Pero era consciente de que tampoco habría sabido decir por qué era tan importante para él.

Carla había muerto. Su vida había cambiado completamente. Sólo cabía una respuesta: que el niño existía a pesar de todo; que era suyo y que él debía afrontar su responsabilidad.

—Hablaré con mis abogados. Estoy seguro de que habrá algún precedente legal en este tipo de casos. Ellos sabrán qué hacer.

—Gracias. Puede que sirva de algo.

Dominic la volvió a mirar y vio que ya no fruncía el ceño. De

hecho, en su boca había algo parecido a la sombra de una sonrisa.

—Ah, por cierto… —continuó ella.

—¿Sí?

—Tome la siguiente desviación y gire a la derecha. De lo contrario, pasaremos de largo —contestó.

—De acuerdo.

Dominic siguió sus instrucciones. Ya habían salido de la autopista cuando preguntó:

—¿Dónde vive exactamente?

Angie le dio la dirección. Esperaba que le preguntara por el camino, pero, sorprendentemente, Dominic Pirelli guardó silencio y siguió conduciendo. Cuando lo miró, vio su expresión sombría, supuso que estaría pensando en algo importante y decidió esperar.

Al fin y al cabo, faltaba un rato para el desvío siguiente.

—Tendremos que vernos de nuevo para llegar a algún tipo de acuerdo —declaró él, con voz distante.

Angie no dijo nada.

—No se preocupe, señora Cameron. Redactaremos un documento que no recoja sólo los intereses del niño y los míos, sino también los suyos —afirmó.

Ella no estaba segura de saber cuáles eran sus intereses, pero asintió.

—Comprendo.

—¿Su marido estará presente la próxima vez?

—¿Se refiere a Shayne? ¿Tiene que estar presente?

—Por supuesto; no sé mucho más que usted sobre estos asuntos, pero doy por sentado que, con independencia del origen del embrión, el niño les pertenece legalmente a ustedes.

Supongo que no podremos firmar un acuerdo sin la firma de su esposo.

Angie maldijo su mala suerte y se preguntó cómo iba a conseguir que Shayne firmara el acuerdo cuan do, desde el principio, se había opuesto a lo que ella estaba haciendo. Tendría suerte si contestaba al teléfono.

Suspiró y dijo:

—Veré lo que puedo hacer.

—Si hay algún problema, le enviaré un coche para que no tenga que ir a Sidney en tren.

—Oh, no es necesario que…

—Claro que es necesario —la interrumpió—. Después de lo que ha pasado hoy, no quiero que se arriesgue a viajar en tren. No es seguro para el niño.

El tono de Dominic le molestó profundamente. Aquel hombre estaba acostumbrado a que la gente lo obedeciera, pero ella no obedecía las órdenes de nadie. Ya no.

—Espere un momento, señor Pirelli. Que yo no tenga coche, no significa que…

—¿No tiene coche? —preguntó, asombrado.

—No, no tengo.

—Entonces, le enviaré uno mañana mismo. Tampoco quiero que vaya andando hasta el lugar donde quedemos.

—No, nada de eso, usted no va a…

Angie no terminó la frase. En ese momento, miró por el parabrisas y se llevó otra sorpresa. Mientras hablaban, Dominic Pirelli había tomado la desviación correcta y se había internado en su barrio sin necesidad de preguntar. Por lo visto, conocía la zona.

—No imaginaba que…

Un segundo después, detuvo el coche delante del domicilio de Angie. Acto seguido, salió al exterior y dio la vuelta al vehículo con la intención evidente de abrirle la puerta.

Angie decidió no esperar. Sólo quería despedirse y perderlo de vista.

Pero Pirelli era un hombre tan rápido que llegó a la puerta del coche antes de que Angie pusiera un pie en el suelo.

—Gracias por traerme —dijo ella, tensa.

—De nada.

—Adiós, señor Pirelli.

Él no se movió. Se quedó donde estaba, bloqueándole el paso.

—Me gustaría aprovechar la ocasión para conocer a su marido. Si está en casa, por supuesto.

Ella sacudió la cabeza.

—No está en casa.

Él arqueó una ceja.

—¿Cómo puede estar tan segura?

Angie miró su casa. Estaba algo destartalada y ni siquiera la había terminado de pagar, pero era suya y en ese momento

necesitaba esconderse en el santuario de sus paredes.

—Lo estoy porque…

—¿Por qué?

—Porque nunca está en casa antes de las cinco —se apresuró a decir.

Él notó su nerviosismo y se preocupó. Volvía a estar pálida otra vez. Y volvía a dar la impresión de estar a punto de desmayarse.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, estoy perfectamente —mintió—. Gracias por el viaje. No quiero molestarle más.

Dominic se apartó.

—´De acuerdo. Mañana la llamaré.

Angie dio media vuelta y caminó hacia la puerta de la casa.

Dominic se quedó allí hasta que ella entró y cerró.

Quizás se estaba preocupando sin motivo. Por el aspecto del edificio, no le habría extrañado que su palidez no se debiera a ninguna debilidad momentánea, sino a la vergüenza por vivir en un lugar como ése.

La casa era rectangular, de un solo piso, y estaba rodeada por lo que en otro tiempo, antes de que las altas temperaturas y la falta de agua mataran las plantas, debía de haber sido un jardín.

Sin embargo, Dominic no necesitaba entrar para saber cómo era por dentro. Todas las casas de aquel barrio eran más o menos iguales; todas tenían la misma estructura. A un lado de la puerta principal, estaba el salón; al otro, una cocina pequeña y un cuarto de baño.

Además, tenía tres dormitorios: uno de matrimonio; uno para invitados y; otro tan pequeño que, en realidad, sólo servía como cuarto trastero.

Incluso en ese momento, treinta años después, recordaba la sensación de estar tumbado en su minúscula habitación mientras soñaba con un futuro distinto.

Era un recuerdo tan claustrofóbico y tan triste como la propia visión del barrio, lleno de jardines abandonados y paredes con la pintura tan vieja que se desprendía.

Era como si todos los habitantes de aquel lugar hubieran muerto tras una agonía larga y dolorosa. Sacudió la cabeza y pensó que había hecho bien al escapar del barrio.

Pero había trabajado muy duro para conseguirlo.

Y, sin embargo, sonrió al pensar que el primer lugar que su hijo vería cuando naciera sería el barrio donde él mismo había crecido. Por suerte para él, sería una experiencia breve.

Desgraciadamente, faltaban muchos meses para el parto. Meses en los que aquella mujer se vería obligada a vivir en el lugar que él había jurado no volver a pisar en toda su vida.

Ni siquiera se atrevió a pensar en los peligros que correría. Violencia callejera, atracos, robos, lo mismo de siempre.

No era un buen sitio para criar a un niño.

Volvió al coche y arrancó, más decidido que nunca a ayudar a la madre de su hijo. Pero casi de inmediato, se recordó que Angie Cameron no era su madre, sino simplemente la mujer que lo iba a llevar dentro hasta que diera a luz.

Esa mujer no sería nunca la madre de su pequeño.

Ni en un millón de años.

Capítulo 5

ANGIE se apoyó en la puerta de la casa y suspiró, aliviada. Tras pasar el día más largo de su vida, tras sufrir unas horas terribles con un hombre imposible, volvía a ser libre. Oyó que su coche arrancaba y que desaparecía en la distancia. Y volvió a suspirar.

Se había ido, pero ella fue incapaz de quitárselo de la cabeza. De hecho, también había sido incapaz de resistirse a la tentación de girarse un momento y de lanzarle una última mirada antes de entrar en la casa.

Dominic Pirelli la observaba con los brazos cruzados y con unas gafas de sol que ocultaban sus ojos pero no difuminaban la intensidad de su expresión. Una intensidad tan profunda que ella sintió un escalofrío y contuvo la respiración durante unos instantes.

Todo en él irradiaba poder. Hasta su coche, negro y estilizado, que le recordaba las revistas de motocicletas que Shayne solía leer.

Pero aquel coche no habría aparecido en sitios como la avenida Spinifex, con edificios grises y jardines delanteros llenos de plantas secas y de restos oxidados de vehículos, sino en lo alto de un acantilado o quizás en una carretera junto a una playa.

Fuera de donde fuera, Dominic Pirelli no pertenecía ni a su barrio ni a su mundo.

Suspiró por tercera vez, se apartó de la puerta y se dirigió a la cocina.

Dejó en bolso en la mesa, puso la cafetera en el fuego y se dedicó a comprobar el correo mientras esperaba. Supuso que todas las cartas serían facturas, pero se equivocó; entre ellas, distinguió una con el membrete del bufete de abogados que representaba a Shayne.

Se preguntó qué querrían ahora y la abrió.

Cuando la leyó, se sintió tan débil que tuvo que sentarse en una de las sillas. Shayne ya le había quitado el coche y la mayor parte de los muebles. Pero había dicho que no quería nada más de ella, salvo el divorcio y no volver a verla en toda su vida.

Releyó la carta con la esperanza de haberlo entendido mal. Sin embargo, decía lo que decía.

Shayne quería que firmaran un acuerdo inmediatamente. Y había cambiado de opinión.

Ahora, también le exigía la mitad de la casa que había sido la alegría y el orgullo de su madre, la casa que Angie había heredado.

Su casa.

Pero si él se quedaba con la mitad de la propiedad, ella no tendría más remedio que vender la suya y marcharse a otra parte.

Su mundo se estaba hundiendo.

Y no sabía qué hacer.

Cuando llegó al cruce, Dominic sabía que debía girar a la derecha para tomar la incorporación a la autopista.

Sin embargo, inexplicablemente, giró a la izquierda y siguió por calles de letreros viejos y oxidados. Ni siquiera sabía por qué seguía allí. Creía haber olvidado el pasado, creía haberlo enterrado y superado, pero el pasado se empeñaba en volver por cualquier resquicio.

Pasó frente a un mercado con casi todas las tiendas cerradas y se le hizo un nudo en la garganta al ver la vieja lavandería. En cierta ocasión, su madre lo había encontrado allí, escondido entre las máquinas. Tenía una herida en la oreja porque otro chico le había tirado una piedra. Y se sentía avergonzado por haber huido sin luchar, porque su madre lo había encontrado y, especialmente, por llorar.

Cuando lo vio, su madre lo abrazó con todas sus fuerzas y le prometió que todo iba a salir bien.

Le prometió que lo sacaría de aquel colegio horrible y de los matones que se metían con cualquier niño que no fuera como ellos.

Le prometió que compraría una casa como la que sus abuelos soñaban con comprar y que se marcharían a algún sitio donde serían felices.

Las lágrimas tardaron poco en secarse; casi tan poco como las

promesas de su pobre madre, que trabajaba todo el día para sacarlo adelante y conseguirle un futuro mejor.

Poco después, Dominic pasó junto al minúsculo parque adonde su abuelo lo llevaba a jugar cuando su madre estaba trabajando y no lo podía atender. Su abuelo siempre llevaba un pedazo de madera en el bolsillo, que tallaba con su navaja y convertía en pequeñas obras de arte.

Al final de la tarde, él lo llevaba a cenar a su casa. Dominic recordaba perfectamente a su abuela en la cocina, con su delantal blanco y el cucharón que utilizaba para servir los guisos.

Pero eso era el pasado.

Todo había desaparecido.

Sus abuelos, la cocina y las promesas de un futuro mejor.

Ya no existía ni la casa donde Dominic había cuidado de su madre durante la última fase del cáncer que acabó con ella.

Ya no había nada.

Siguió conduciendo y detuvo el coche en el número veinticuatro de la calle, frente a una casa semiderruida, cuyas paredes mostraban el hollín de un incendió.

Salió del vehículo, caminó hacia la casa y se detuvo.

—¿Es de la compañía de seguros?

Al oír la voz, se giró y vio a un anciano de camisa blanca y pantalones cortos que lo miraba con interés.

Dominic sacudió la cabeza.

—No, no soy de la compañía de seguros —respondió—. ¿Sabe qué le ha pasado a la casa?

El anciano frunció el ceño.

—Ah, eso… mal asunto. Hubo una guerra de pandillas; todos eran tan jóvenes como para estar en el colegio, pero sabían lo que hacían. Una noche, una de las bandas atacó la casa con cócteles molotov. Mi esposa y yo lo oímos todo. Cuando salimos a ver lo que pasaba, la casa ardía como una tea. Los bomberos no pudieron hacer gran cosa.

—¿Y qué les pasó a sus habitantes?

—Afortunadamente, lograron salir a tiempo. Era una mujer soltera con dos niños, que estaba embarazada de uno más. Fue un milagro que se salvaran.

—Así que estaba embarazada…

—Sí. Fue un milagro. Se lo aseguro.

Dominic sintió un dolor en el pecho. Nada impedía que aquel suceso se repitiera a tres calles de allí, en el domicilio de Angie Cameron. Nada impedía que las pandillas atacaran más casas. Y, por supuesto, tampoco tenía la seguridad de que Angie lograra salvarse, llegado el caso.

Intentó imaginar el pánico de la pobre mujer cuando vio las llamas y llamó a sus pequeños para intentar sacarlos antes de que el fuego o el humo acabaran con ellos.

Eso no era vida para nadie. Especialmente, para una mujer embarazada. Especialmente, para una mujer embarazada de su hijo.

En ese instante, supo que no podía volver a su mundo y dejarla allí, expuesta a los peligros del barrio.

No podía volver a casa y dejar a su hijo en aquel lugar.

Pero la solución estaba al alcance de la mano. Alquilaría una casa durante unos meses, hasta que Angie Cameron diera a luz.

Era la solución perfecta.

Sólo faltaba que ella lo aceptara.

Angie todavía estaba junto a la mesa de la cocina, con la carta entre las manos, cuando llamaron a la puerta.

Se levantó, alcanzó un pañuelo y se secó las lágrimas. No sabía quién podía ser. Pero no se habría llevado una sorpresa si, al abrir la puerta, se hubiera encontrado con un par de agentes inmobiliarios enviados por Shayne y dispuestos a agilizar el proceso.

El timbre volvió a sonar, con más insistencia que antes.

Extrañada, se acercó a la ventana y frunció el ceño al ver un coche negro que le resultaba muy familiar.

Antes de abrir, echó la cadena para que sólo pudieran hablar por la abertura; de ese modo, Dominic Pirelli no tendría ocasión de ver el interior de la casa. Pero la cadena no la resguardaba de sus propias emociones. El simple hecho de verlo de nuevo bastó para que sintiera una oleada de calor.

—¿Qué quiere?

—Déjeme entrar. Necesito hablar con usted.

—¿De qué?

—¿Pretende que hablemos así? Créame, no le voy a hacer ningún daño. Cómo voy a hacer daño a la mujer que está embarazada de mi hijo —alegó.

Ella suspiró, cerró la puerta y quitó la cadena antes de abrir otra vez. Se arriesgaba a que Pirelli descubriera toda la verdad sobre su vida, pero supuso que se enteraría más tarde o más temprano.

Él entró en la casa con su seguridad de siempre, ajeno a la incomodidad que le causó cuando Angie sintió su aroma masculino.

—Tengo una propuesta que hacer. Cuando su marido vuelva…

Dominic no terminó la frase. Acababa de ver el salón, prácticamente vacío. Sólo quedaba un sillón, una televisión vieja, un reloj de pared y una estantería en la que se veían unos cuantos libros sobre embarazos.

Se giró hacia ella, muy despacio, y preguntó:

—¿Qué diablos está pasando aquí? ¿Cómo puede vivir en estas condiciones?

Angie no dijo nada. Dominic se acercó y notó que tenía los ojos enrojecidos.

—¿Ha estado llorando?

Ella hizo caso omiso de la pregunta.

—Antes tenía más muebles, pero…

—¿Qué ha hecho con ellos? ¿Venderlos para poder comprar una lata de judías?

—preguntó.

Angie dio media vuelta y se dirigió a la cocina. No se sentía con fuerzas de discutir.

Alcanzó la cafetera y sacó una taza para servirse un café. Dominic ya había llegado cuando ella intentó abrir el frigorífico con intención de alcanzar el cartón de leche. Dominaba todo el lugar con su enorme altura y sus hombros anchos.

—¿Es que se piensa mudar? ¿Por eso tiene tan pocos muebles?

—No, no es por eso.

Angie decidió dejar la leche y el café para otro momento. Dominic se había parado delante del frigorífico y no podía abrir sin pedirle que se apartara, así que llenó la tetera eléctrica y la enchufó.

—Entonces, ¿qué está pasando aquí?

Ella se mantuvo en silencio.

—¡Hable de una vez, maldita sea! —exclamó él, perdiendo la paciencia.

—Está bien. Shayne se llevó los muebles.

—¿Por qué? Eso no tiene sentido.

La tetera empezó a pitar en ese momento.

—Se los llevó para vivir más cómodamente con su nueva novia. Y ahora, ¿le importa que apague eso? El ruido me está volviendo loca.

Angie alcanzó la tetera y la apagó.

—¿Shayne la ha abandonado?

—Sí.

—¿Cuándo?

Ella se encogió de hombros. Llenó su taza y añadió una bolsita de té. —Se marchó con su novia hace dos meses.

—¿Y por qué la abandonó? Los ojos azules de Angie brillaron con tristeza.

—Porque me negué a abortar. Dominic se pasó una mano por el pelo.

—De modo que su marido se marchó porque se quedó embarazada del hijo de otro hombre.

—En efecto.

—Pues tendrá que disculparme, pero no lo entiendo. ¿Sacrificó su matrimonio por un hijo que ni siquiera quería?

Ella soltó una carcajada de amargura.

—No, no soy tan noble. Mi matrimonio estaba muerto desde hacía tiempo, aunque yo fui la última en saberlo. Él ya estaba a punto de marcharse a vivir con su novia cuando supo que la clínica había cometido un error con la reproducción asistida. Mi decisión de seguir adelante con el embarazo sólo contribuyó a acelerar nuestra separación.

Dominic asintió y echó un vistazo a la cocina. Estaba tan vieja y tan vacía como el resto de la casa, pero absolutamente limpia.

—¿Ahora vive sola?

Ella asintió.

—¿No tiene familia?

Ella sacudió la cabeza.

—Mi madre falleció hace unos años. Yo era hija única.

—¿Y su padre?

—No lo llegué a conocer.

—Entonces, ¿quién cuida de usted?

—Yo, señor Pirelli —declaró, orgullosa—. Ya no soy una niña.

Dominic sintió admiración y rabia al mismo tiempo. Admiración, por la fuerza de aquella mujer; rabia, por el hombre que se había atrevido a abandonarla y a dejarla en una situación terrible a sabiendas de que se había quedado embarazada.

Si vivía sola desde entonces, no era de extrañar que estuviera tan delgaducha. No tenía a nadie. Nadie se aseguraba de que comiera decentemente y de que cuidara de sí misma.

—Recoja sus cosas. Nos vamos.

Angie lo miró con desconcierto.

—¿Cómo? ¿De qué está hablando?

—No se puede quedar aquí. Se viene conmigo.

—No, yo no me voy a ninguna parte. Éste es mi hogar. Bueno, o por lo menos…

—¿Por lo menos?

—Lo era.

—¿Qué quiere decir eso?

—He recibido una carta hace un rato.

Angie hizo un gesto hacia la mesa de la cocina, donde había dejado las cartas del buzón, incluida la de los abogados de Shayne.

Dominic asintió, pero la dejó hablar.

—Shayne se llevó el coche y casi todos los muebles cuando se marchó. Dijo que no quería nada más, pero ahora me exige la mitad de la propiedad de la casa. Cuando lo he visto, no me lo podía creer… esta casa es mía. Me la dejó mi madre en herencia —declaró, desesperada—. No me la puede quitar, ¿verdad? No tiene derecho.

La expresión de tristeza de Angie le llegó al alma. Aquella casa sólo era un agujero destartalado, pero Dominic comprendió su angustia; a fin de cuentas, también era todo lo que tenía.

—Le pediré a mis abogados que estudien el caso. Pero usted no se puede quedar aquí. No voy a permitir que viva de este modo en su estado; y mucho menos, después de saber que ese individuo puede aparecer en cualquier instante con alguna de sus exigencias.

—Bueno, dudo que pueda entrar. He cambiado todas las cerraduras.

—¿Y cree que eso lo detendrá si se empeña? Cualquiera podría romper una de las puertas o de las ventanas de esta casa —observó —. Además, eso es irrelevante. No puedo dejarla aquí.

¿Es que no lo entiende? Me preocupa el bienestar de mi hijo.

—Pero, ¿no quería que firmáramos un acuerdo antes de tomar más decisiones?

—preguntó.

—Dejemos que los abogados se ocupen de eso. De momento, recoja lo que necesite para pasar la noche. Ah, y no se preocupe por el resto de las cosas; mañana por la mañana, le pediré a alguno de mis empleados que venga a buscarlas.

—Espere un momento, señor Pirelli. Yo no he dicho que me quiera marchar.

—No, no lo ha dicho, pero me sorprendería que quisiera quedarse aquí. No tiene ni familia ni marido. A decir verdad, no tiene nada. Excepto un niño que ni siquiera es suyo.

Ella alzó la barbilla, desafiante. Estaba harta de que la hablaran en ese tono; harta de que le dijeran lo que debía hacer.

—Se equivoca. Esta casa sigue siendo mía. Al menos, en parte.

—Y podrá regresar a ella cuando nazca el niño. Le aseguro que, a partir de ese momento, no la volveré a molestar.

Angie lo maldijo para sus adentros, pero pensó que volvía a tener razón.

Tal vez fuera mejor para ella que se alejara de Shayne y de aquel sitio hasta el parto. Tal vez fuera lo mejor para el bebé. Lo más seguro.

Entró en el dormitorio, abrió una bolsa de viaje y se dispuso a guardar lo necesario para pasar la noche, como Pirelli le había dicho. Abrió un cajón, sacó tropa interior y un pijama y lo cerró de golpe, pensando en lo que le habría gustado decirle a aquel hombre tan arrogante.

«A partir de ese momento, no la volveré a molestar». Lo había dicho como si quisiera dejar absolutamente claro que ardía en deseos de perderla de vista.

Ya era tarde para ponerlo en su sitio, pero se le ocurrieron varias

respuestas posibles.

Podría haber dicho que, a partir de ese momento, no le vería el pelo.

Podría haber dicho que, a partir de ese momento, él sería la última persona a quien quisiera ver.

Podría haber dicho muchas cosas y no dijo ninguna.

Y sabía por qué.

Porque sus palabras la habían herido; porque le habían dolido tanto que se quedó sin palabras y se supo más sola que nunca. La sensación de ser una perdedora no era precisamente agradable.

Como esposa, había sido un fracaso.

Su matrimonio se había roto y ahora estaba embarazada de un niño que no era suyo.

Echó un vistazo a su alrededor y se preguntó qué más debía llevar. Pirelli había dicho que enviaría a alguno de sus empleados a recoger el resto de sus cosas. Lo había dicho sin más, con toda la tranquilidad del mundo, como si se creyera un general en mitad de un ejército de soldados a los que podía dar órdenes a su antojo.

Al final, optó por guardar más ropa de la necesaria, incluido un jersey. Hacía demasiado calor para ponerse un jersey, pero ya que no tenía una armadura con la que protegerse, el jersey era un buen sustituto.

El cuarto de baño fue la siguiente parada. Añadió el cepillo de dientes y un neceser con todo lo necesario y volvió al salón. En total, había tardado un minuto y medio.

Pirelli estaba llamando por teléfono. Angie supuso que estaría buscándole un lugar para pasar la noche o ladrando a alguno de sus subordinados. Cuando la vio, cortó la comunicación y preguntó:

—¿Cómo ha tardado tanto?

Ella se quedó sin habla.

—¿Qué ocurre? ¿Un gato le ha comido la lengua? —preguntó, sonriendo.

—¿A qué viene esa sonrisa? —contraatacó ella, ofendida.

—Es por usted. Me ha dado la impresión de que el ratón iba a rugir otra vez.

—¿El ratón? ¿Qué significa eso?

—Nada, no importa.

Dominic alcanzó su bolso. Al rozarla, ella sintió una descarga

eléctrica.

—No vuelva a hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Tocarme.

Él volvió a sonreír.

—De acuerdo. No la volveré a tocar.

La ira de Angie estuvo a punto de desaparecer ante la visión de su sonrisa. Por algún motivo, le resultaba tan embriagadora que no podía pensar con claridad.

Cuando entraron en el coche y se pusieron en marcha, intentó analizar por qué le atraía tanto aquel hombre que parecía ocupar todo el espacio del vehículo con su cuerpo y que la consideraba una especie de ratón.

Un momento después, al notar su aroma especiado y cálido, lo supo.

Era real.

Al principio, le había parecido como salido de un sueño. Alto, fuerte, elegante y con tanto carisma que controlaba cualquier situación. Además, también era evidente que era rico.

Pero aquella sonrisa le había recordado que, en el fondo, no dejaba de ser un hombre normal y corriente.

Sólo un hombre.

Aunque no se parecía a ninguno de los hombres que había conocido. Tenía tanto poder sobre ella que bastaba un roce de sus manos para que se estremeciera por dentro. Lograba incomodarla en muchos sentidos. Y no le agradaba sentirse tan vulnerable con un hombre, casado o no. Después de Shayne, no quería volver a saber nada de los hombres.

Molesta, cambió de posición en el asiento. Necesitaba decir algo, cualquier cosa, con tal de sacárselo de la cabeza.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

Ya habían salido de Sherwill. Se dirigían hacia el Este, acercándose cada vez más a la ciudad.

—Ya lo verá.

—¿Y si no me gusta?

—Le gustará.

Él no añadió ni una sola palabra más. Encendió la radio y la dejó

en una emisora de noticias, que en esos momentos daba información bursátil.

Angie imaginó que cambiaría rápidamente de emisora, como hacía Shayne en esos casos; pero se equivocó. Pirelli parecía realmente interesado en la Bolsa de Sidney.

—¿A qué se dedica? —preguntó con curiosidad.

—¿Quiere la respuesta rápida?

—Por favor.

—Soy inversor.

—¿Qué significa eso, exactamente?

—Que me dedico a invertir en Bolsa. Compro cuando las acciones están bajas y vendo cuando están altas.

Ella lo pensó durante un momento y dijo, tajante:

—Es decir, que no hace nada.

—¿Qué no hago nada? Gano dinero y lo uso para comprar otras cosas. Edificios de oficinas, centros comerciales…

—Ya lo he entendido. Entonces, corrijo lo dicho. No es que no haga nada, es que no produce nada —puntualizó—. Nada real, quiero decir. Porque, dígame, ¿qué tiene al final del día a cambio de sus esfuerzos?

—Más dinero.

Angie soltó un suspiro de satisfacción. Y a Dominic no le hizo ninguna gracia.

—¿Qué hay de malo en hacer dinero?

—Nada, nada en absoluto —respondió, lanzándole una mirada rápida—. Es evidente que se le da muy bien.

Dominic supo que su comentario no era un halago y apretó el volante con más fuerza.

La opinión de aquella mujer lo había desconcertado profundamente. Era un hombre rico.

Tenía más dinero del que podía desear, además de media docena de coches y hasta un helicóptero.

Pero, para Angie Cameron, eso no era nada de valor.

—Supongo que preferiría que yo tuviera un empleo de mala muerte, como el que indudablemente tendrá el mujeriego de su marido.

Dominic se giró lo suficiente para mirarla. Cuando vio el brillo

de dolor en sus ojos, lamentó haber sido tan grosero. Estaba acostumbrado a ser implacable en los negocios, pero eso no le daba derecho a hacer leña del árbol caído con una mujer en su situación. Aunque ella se dedicara a provocarlo.

—Lo siento. No debería haber dicho eso.

—No tiene nada que sentir. Ha sido culpa mía. Discúlpeme.

—¿Echa de menos a su esposo?

Ella lo miró.

—¿A Shayne? No —dijo, sacudiendo la cabeza—. Extraño más el coche que a él… los últimos meses han sido muy difíciles para mí. Ni siquiera alcanzo a comprender que no me diera cuenta de lo iba a pasar. Supongo que el tratamiento de la clínica de reproducción asistida me desconcentró.

—Bueno, esas cosas son normales. Tendemos a no ver lo que pasa delante de nuestras narices.

Angie se encogió de hombros.

—En cualquier caso, me alegro de que el niño no sea de Shayne. Estar embarazada de él mientras se dedica a acostarse con otra mujer habría sido un infierno para mí. No lo habría soportado.

Dominic pensó que se equivocaba. Angie podía soportar muchas más cosas de las que creía. Era una mujer capaz de enfrentarse a su marido para tener un niño que ni siquiera era suyo; una mujer capaz de afrontar un largo embarazo por un niño que ni siquiera se quería quedar. Incluso era una mujer capaz de hacer el equipaje en noventa segundos, cuando la mayoría de las mujeres que conocía no habrían tenido suficiente con noventa minutos.

Parecía un ratón, pero definitivamente era una leona.

Su situación era insostenible. Sola, aparentemente sin trabajo y con tan poco dinero que apenas le llegaba para comer. Y, no obstante, le quedaban fuerzas para enfrentarse a él y defenderse de sus acusaciones.

Echó un vistazo al reloj y cambió el dial para oír las noticias de la Bolsa en otra emisora de radio. —Créame, señora Cameron. Lo habría soportado.

Angie no tuvo ocasión de preguntar al respecto, porque él mantuvo la radio encendida y ella se sintió zarandeada por un mar de datos sobre industrias, minería y Bolsas internacionales que no significaba nada para ella.

Al cabo de unos minutos, renunció a la posibilidad de entenderlo y se dedicó a mirar por la ventanilla del coche.

Estaba nerviosa y entusiasmada a la vez. Había dejado la única casa que conocía y no sabía adónde la llevaba, pero todo aquello era una aventura para ella.

Dominic Pirelli salió de la autopista antes de llegar a la ciudad y tomó una carretera que pasaba por barrios cada vez más acomodados, de casas y jardines cada vez más grandes y bellos.

De vez en cuando, distinguía las aguas azules del puerto y su corazón pegaba un respingo. Era como una de esas vacaciones misteriosas, sin destino previamente conocido, de las que Shayne le había hablado alguna vez. Una de esas vacaciones que jamás se habían tomado.

Pero no quería pensar en Shayne. No después de todo lo que le había hecho. Fuera adonde fuera, seguro que sería mejor que ninguna de las cosas que podía hacer en compañía de Shayne. Dominic Pirelli podía ser un hombre arrogante, mandón y controlador, pero tenía buen gusto. La llevaría a un sitio decente. Si no por ella, al menos por bien del niño.

Era normal que se sintiera renacer por momentos.

Faltaban seis meses para el parto y Pirelli le estaba ofreciendo, en la práctica, seis meses de vacaciones pagadas.

Poco a poco, las vistas del puerto se hicieron más frecuentes y el aire se llenó de olor a mar. El coche avanzaba por un barrio de mansiones cuando él giró otra vez, tomó un camino y detuvo el vehículo frente a una verja imponente.

—Ya hemos llegado.

Dominic apagó la radio y pulsó un botón. Las puertas de hierro forjado se abrieron.

Segundos más tarde, Angie se encontró ante la casa más bonita que había visto en su vida. Una mansión de tres plantas, con una piscina y jardines llenos de buganvillas que terminaban en la orilla del mar.

Se quedó tan asombrada que su voz sonó más baja que de costumbre.

—¿Qué hacemos aquí? Supongo que ésta es su casa…

—Lo es. Y el niño que lleva en su vientre, es mi hijo —afirmó—. ¿Qué mejor lugar para él que mi propia casa?

Ella tragó saliva. Ni en el más alocado de sus sueños habría imaginado esa situación.

Había supuesto que estaría sola durante el embarazo y que entregaría el niño a sus padres después del parto. Cómo iba a sospechar que querrían que viviera con ellos.

Él salió del coche, le abrió la puerta y alcanzó su bolsa de viaje.

Angie permaneció en el asiento.

—¿Es que no va a salir? —preguntó él con impaciencia.

Ella se quitó el cinturón de seguridad y salió al fin, aunque a regañadientes.

—Mire, señor Pirelli…

—¿Sí?

—No quiero parecer desagradecida, pero no me parece una buena idea. ¿Qué va a pensar la gente cuando sepa que una mujer embarazada está viviendo en su casa? Ya sabe cómo son los vecinos; les encanta hablar de los demás… Sinceramente, sería más apropiado que me llevara a otro sitio.

Él la miró con intensidad.

—Hay algo que no entiende de mí, señora Cameron. Me importa un bledo lo que los demás piensen o digan.

—Sí, bueno… me parece muy bien, señor Pirelli; pero es posible que su esposa no esté de acuerdo con usted. Puede que se sienta incómoda con esta situación.

Dominic respiró hondo, se quitó las gafas de sol que llevaba y se frotó el puente de la nariz.

—Di por sentado que lo sabía. A fin de cuentas, no es ningún secreto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, confundida.

Angie lo preguntó por preguntar. Ya había adivinado la respuesta. Se había empeñado en creer que todo aquello iba a ser un cuento de hadas; que tendría al niño y se lo entregaría a unos padres encantadores y profundamente enamorados que, por supuesto, lo adorarían.

Pero el fracaso de su matrimonio con Shayne no era una excepción en el mundo. La gente se separaba y se divorciaba constantemente.

No le dio ocasión de responder. Suspiró y dijo:

—¿Me está diciendo que se ha divorciado?

—No, no me he divorciado, señora Cameron. Mi esposa ha muerto.

Capítulo 6

SU ESPOSA había muerto. La madre del niño que llevaba dentro, la donante del embrión, había muerto. La perplejidad de Angie no podía ser mayor.

Se llevó una mano al estómago y pensó que el pobre niño crecería sin madre.

Y luego, casi inmediatamente, lo lamentó por Dominic Pirelli. Aquello tenía que haber sido muy doloroso para él. Su esposa había muerto y de repente aparecía otra mujer y le decía que esperaba un hijo suyo. Ahora entendía que se hubiera enfadado tanto cuando lo llamó por teléfono. Ahora comprendía su resentimiento y su ira inicial.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Eran lágrimas de tristeza, de pérdida, de vacío. Lágrimas por un bebé que llegaría al mundo en circunstancias trágicas.

Se había equivocado completamente con él. Cuan do apareció con su secretaria en el paseo marítimo, pensó que había ido sin su esposa porque quería protegerla, porque desconfiaba de la situación y quería asegurarse antes.

Pero Dominic Pirelli no estaba protegiendo a nadie.

Estaba solo, igual que ella.

Lo miró a los ojos, repentinamente oscurecidos, y se maldijo por haberlo juzgado mal, sin conocer los hechos reales.

Extendió una mano con intención de tocarlo.

—Lo siento mucho.

Él se apartó antes de que lo pudiera tocar.

—No. No lo sienta. No necesito su lástima.

Angie retrocedió. Por algún motivo, siempre lograba sacar lo peor de Dominic Pirelli.

—Entonces, ¿qué quiere de mí? ¿Que admita que me siento aliviada al saber que no tenía intención de encerrarme en su casa para asegurarse la custodia del niño?

Él entrecerró los ojos.

—¿Me creía capaz de eso?

Angie tragó saliva.

—Sí, reconozco que la idea me pasó por la mente.

—Si me tiene en tan mala opinión, me sorprende que quiera darme a mi hijo. ¿No le irrita tener que pasar por todo esto? —preguntó.

Ella apartó la mirada.

—No está en mis manos, señor Pirelli.

—No, no lo está, pero me juzga de todas formas. Cree que el dinero me importa más que mi hijo. Incluso me ha tomado por un canalla porque me dedico a hacer dinero en la Bolsa.

Angie sacudió la cabeza.

—¿Y usted? ¿Es que no me juzga a mí? No ha parado de juzgarme desde que nos conocimos. De juzgarme y de maldecirme. Y ahora, quiere encerrarme en una jaula.

—¿Una jaula? Discúlpeme, pero mi casa no es precisamente una jaula. —Puede que no, pero en ningún momento ha tomado mis sentimientos en consideración.

—Señora Cameron…

—No estoy segura de que deba quedarme aquí —lo interrumpió—. No en estas circunstancias. Su esposa ha muerto y no me parece que mi presencia sea lo más conveniente para nadie.

—¿Cómo dice? —preguntó con asombro—. Primero no se quería quedar aquí porque temía lo que mi esposa pudiera pensar. Y ahora, afirma que no se quiere quedar aquí porque mi esposa no puede pensar nada… ¿Qué diablos le preocupa de verdad? Sea sincera, por favor.

¿Tiene miedo de que salte sobre sus huesos de alambre mientras se aloja en mi casa?

Angie se ruborizó. —¡Por supuesto que no! Además, no se lo permitiría nunca.

—Entonces, ¿de qué se trata? ¿Teme acostumbrarse a la buena vida y no ser capaz de volver después a su vida anterior?

—¿La buena vida? —ironizó—. Tendría que ser tonta para creer que vivir bajo el mismo techo que usted es darse a la buena vida. Si me quedo, y aún no sé si me voy a quedar, me marcharé al minuto siguiente de dar a luz.

—Perfecto. Me alegra saber que nos entendemos. Le doy mi palabra de que no intentaré aprovecharme de usted durante su estancia en mi casa si usted se compromete a no complicar más las cosas.

—Está bien. En tal caso, me quedaré.

Todavía estaba pensando si había hecho lo correcto cuando oyeron una voz. Angie se dio la vuelta y vio a una mujer delgada, de edad avanzada, que sonreía.

—Ah, Dominic, por fin has llegado…

—Hola, Rosa.

—Y supongo que tú debes de ser Angelina Cameron. Es un hombre muy bonito —dijo la mujer mientras le estrechaba la mano —. Pasa, querida. Te estaba esperando.

Ante la sorpresa de Angie, Dominic explicó:

—Le presento a Rosa, mi ama de llaves. Aunque descubrirá pronto que Rosa es mucho más que un ama de llaves para mí.

Rosa sonrió de nuevo y miró a Dominic con una mezcla de cariño y de preocupación.

Angie los siguió hasta la mansión y se preguntó cuándo había sido la última vez que la habían llamado por su nombre, Angelina. Probablemente, cuando le renovaron el permiso de conducir por última vez.

Ya había decidido que Rosa le gustaba. Su bienvenida había sido sincera y su apretón de manos, tan cálido como si quisiera decirle que comprendía bien su situación.

Se preguntó qué le habría contado Pirelli de ella. Quizás sabía la verdad, lo cual explicaba su calidez; pero también cabía la posibilidad de que siempre saludara de ese modo a las acompañantes femeninas de Dominic. A fin de cuentas, era un hombre rico y atractivo.

Seguro que llevaba muchas mujeres a su casa.

Cuando entraron en la mansión, Angie dejó de pensar.

Si el edificio le había parecido bello por fuera, por dentro le pareció un palacio. A la derecha del vestíbulo había una sala

enorme, con balcones, arcos, techos de una altura asombrosa y lámparas de araña que ocupaban todo ese lateral de la casa y terminaban en una terraza desde la que se veía el mar.

Contuvo el aliento y se dijo que estaba soñando.

Aquella casa parecía salida de un cuento de hadas.

—Te he preparado la habitación de invitados —declaró Rosa—. Espero que tu estancia en nuestra casa sea agradable para ti.

Angie no fue capaz de decir nada. No podía creer que esa mansión fuera a ser su domicilio durante seis meses.

Rosa siguió caminando y los llevó a una suite absolutamente preciosa, con salón, una habitación gigantesca con vistas a los acantilados y al mar y un cuarto de baño de suelos de mármol y una bañera tan grande que parecía una piscina.

De hecho, el cuarto de baño era más grande que su casa de Shervill.

Y, por supuesto, mucho más lujoso.

—¿Y bien? ¿Qué le parece? —preguntó Dominic.

Angie se mantuvo en silencio.

—¿Se sentirá cómoda? —insistió él.

—¿Usted qué cree? Ya ha visto dónde vivía.

—Daré por sentado que eso equivale a un sí —ironizó—. Ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer. El resto de sus pertenencias estarán aquí mañana por la mañana. Si necesita algo, llame a Rosa y se ocupará de ello. Nos volveremos a ver en la cena.

—Gracias.

Angie echó otro vistazo al lugar. Indudablemente, no se podía decir que estuviera en una cárcel; ni que los seis meses que faltaban para el parto fueran una condena.

Además, le alegró que Dominic Pirelli tuviera trabajo que hacer. Con suerte, se verían poco.

Entonces, notó un movimiento y descubrió que él ya se había marchado.

Rosa le dedicó una sonrisa desde el otro lado del dormitorio.

—Me alegra que estés aquí, Angelina. Dominic llevaba demasiado tiempo solo. Y ahora que espera un bebé…

Rosa suspiró, la miró con ojos vidriosos y añadió: —Ese bebé es una bendición. Debes de ser una gran persona para hacer algo así por Dominic.

Angie sacudió la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con Dominic. Simplemente quería que el niño tuviera un hogar. Rosa asintió.

—Lo comprendo. Pero discúlpame… ¿Te apetece comer o beber algo? Aunque tal vez prefieras bañarte o nadar en la piscina. Te recomiendo cualquiera de las dos opciones. El agua es muy relajante.

—Bueno, no sé qué decir…

—Puedes hacer lo que te apetezca —le recordó.

—Entonces, me bañaré.

Rosa asintió una vez más. A continuación, abrió un armario, sacó un albornoz y lo dejó sobre la cama.

—Llenaré la bañera y te traeré una taza de té. Tenemos té de jengibre y té verde, pero si prefieres otra cosa…

Angie sonrió.

—Un té de jengibre estará bien.

—Te lo traeré enseguida.

Cuando se quedó a solas, Angie se estremeció. No podía creer la suerte que tenía.

Dominic la había llevado a un palacio y la había dejado en manos de una mujer tan maravillosa que casi parecía su ángel de la guardia.

Pero la situación era más peligrosa que nunca para ella. Iba a vivir seis meses bajo el mismo techo de un hombre complejo, poderoso e inmensamente atractivo que, para empeorarlo todo, le gustaba. Cada vez que la miraba, sentía mariposas en el estómago. Y

cuando la tocaba, aunque fuera un simple roce, se estremecía de placer.

Rosa reapareció entonces.

—Ya he preparado la bañera. Iré a buscarte el té.

—Gracias, Rosa.

Angie alcanzó el albornoz, entró en el cuarto de baño y se detuvo un momento para disfrutar del aroma a romero, azahar y vainilla que emanaba del agua.

Por una vez, la suerte estaba de su lado. Incluso podía aprovechar los seis meses de vacaciones para pensar en su futuro.

Ahora podía empezar de cero. Podía estudiar. Podía hacer algo con su vida.

Se desnudó, dejó la ropa a un lado e introdujo un pie en el agua caliente. Después, se tumbó en la bañera y jugueteó con los mandos del *jacuzzi* hasta que las burbujas le acariciaron el cuerpo en borbotones tan placenteros que le recordaron a Dominic.

Asustada, sacudió la cabeza e intentó poner freno a su imaginación.

No debía pensar en esos términos. Además de ser el padre biológico del niño que iba a dar a luz, era un hombre que, aparentemente, la odiaba por todo lo que era.

Tenía que estar loca para fantasear con él.

Metió la cabeza en el agua para aclararse las ideas y se lo repitió varias veces más, como si fuera un mantra.

No podía fantasear con él.

Una hora después, envuelta en el albornoz, Angie salió de la suite y empezó a caminar por la mansión.

Estaba buscando la cocina, y se sentía tan relajada y tranquila después del baño, que la taza de té que llevaba, la que Rosa le había servido, no hizo el menor ruido en el plato.

Sin embargo, había cometido un error al pensar que la cocina sería fácil de encontrar. Se perdió en un laberinto de pasillos y corredores que daban a salas gigantescas y empezó a pensar que caminaba en círculos o que la mansión también era más grande de lo que había pensado.

Y entonces, al llegar a una escalera, lo vio.

Era un retrato enorme, de una mujer de cabello largo y oscuro, con rasgos tan perfectos como su cuerpo, unos labios rojos que invitaban a besarlos y un vestido de color amatista.

Eran la cara y el cuerpo de una seductora.

Angie empezó a subir por la escalera, sin apartar la vista del retrato.

Aquella mujer era increíblemente bella.

Y sólo podía ser una persona. Carla. La madre del hijo que estaba esperando.

Segundos más tarde, oyó el clic de una puerta y Dominic apareció en el rellano.

—¿Angelina?

Angie no se movió. La taza de té empezó a temblar en su mano.

—Lo siento, estaba buscando la cocina y me he perdido.

Dominic la miró con intensidad. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba unos pantalones oscuros y una camiseta que se le pegaba al cuerpo y enfatizaba su musculatura.

Bajó hasta llegar a la altura de Angie, que se cerró el albornoz un poco más.

—La cocina no está en el piso de arriba —comentó él.

Ella se estremeció.

—Lo sé, es que he visto el retrato y… ¿Es su esposa?

—Sí. Carla.

—Era muy bella.

Dominic contempló el cuadro.

—Lo era.

Después, él suspiró y siguió bajando.

—Sígame. Le enseñaré el camino de la cocina.

Cuando por fin llegaron, Dominic se marchó después de decirle a Rosa que no cenaría en casa y que volvería tarde. Angie notó que llevaba las llaves del coche en la mano.

—¿Te gustan los *tortellini*?

La voz de Rosa la sobresaltó.

—¿Cómo?

—Que si te gustan los *tortellini*?

—Ah… no lo sé, la verdad. No los he probado nunca.

Rosa sonrió y le sirvió un plato, que dejó en la mesa. Cuando lo probó, Angie descubrió que los *tortellini* le encantaban.

—¿Esto es cosa del señor Pirelli? ¿Le ha dicho que necesito comer? Parece creer que estoy demasiado delgada.

Rosa rió.

—En primer lugar, no me hables de usted. Y en segundo, yo también soy italiana… para mí, todo el mundo necesita comer un poco más. Además, es lógico que Dominic se preocupe por tu estado. Tienes que cuidarte. No sé si lo has pensado, pero has asumido un trabajo muy importante; quizás, el más importante del mundo. El de ser madre.

Angie dejó el tenedor en el plato.

—Gracias, Rosa…

—No hay de qué. Me limito a decir la verdad.

—Por cierto, acabo de ver el retrato de la señora Pirelli. Era muy bella. La anciana mujer sonrió con tristeza.

—Pintaron el cuadro poco después de que se casaran. Carla era una chica realmente preciosa, que estaba obsesionada con dar un hijo a Dominic. Pero al final… bueno, al final no lo consiguió.

Angie se llevó una mano al estómago.

—Es injusto que ya no esté aquí. Es injusto que yo lleve su bebé. Rosa le dio una palmadita en el hombro.

—Es un milagro, eso es lo que es. Un verdadero milagro.

Rosa suspiró y regresó a la pila.

—Bueno, ¿qué quieres hacer ahora? ¿Te puedo ayudar en algo? Angie sacudió la cabeza.

—Ha sido un día muy largo; supongo que me acostaré pronto. Pero ahora que lo pienso,

¿tienes unas tijeras por ahí? Mi pelo me está volviendo loca —le confesó.

Rosa asintió.

—Sí, claro que tengo tijeras; pero algo mucho mejor que eso… una sobrina peluquera. Si quieres, la llamaré por teléfono y le pediré que venga mañana por la mañana.

—No hay necesidad de… Rosa alzó una mano para silenciarla y alcanzó el teléfono.

Aquella noche, Angie durmió en una habitación desconocida y rodeada de sonidos desconocidos, desde el canto de los pájaros hasta la brisa en la copa de los árboles.

Todo era completamente distinto. Todo era extraño. Y se preguntó si sería capaz de conciliar el sueño.

Pero durmió como un tronco, hasta que el rumor del mar y el aroma al café y a las tostadas que Rosa le había llevado a la habitación, la despertaron. Ni siquiera había oído al ama de llaves.

Se desperezó, tomó un poco de café y se llevó un pedazo de tostada a la boca. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

Una hora después, aparecieron Rosa y su sobrina, que se llamaba Antonia. Le explicó que trabajaba en una peluquería, pero que había tenido un hijo y ahora estaba de baja por maternidad.

—Tienes un pelo precioso, ¿lo sabías? —dijo Antonia—. Pero es tan espeso que pesa mucho y cae demasiado… Tengo una idea para

corregir el problema. Si me dejas hacer, por supuesto.

—Adelante, haz lo que quieras…

Cuando Antonia terminó con ella y Angie se miró en el espejo, no podía creer la transformación que había experimentado. Parecía una persona completamente distinta. Su pelo, que siempre le caía sobre la cara sin gracia alguna, había cobrado vida de repente.

—¡Me encanta! —dijo, entusiasmada—. No sé ni cómo podré pagarte.

Rosa abrazó a su sobrina y dijo con una sonrisa:

—No te preocupes por eso. Ya nos has pagado a todos.

Aquella noche, cuando se sentaron a cenar, Angie se sentía realmente distinta. Llevaba una camiseta y los mismos vaqueros del día anterior, pero sus ojos y su boca parecían más grandes.

Dominic estaba asombrado. Incluso su aroma era diferente. Tenía un fondo fresco y afrutado, absolutamente fascinante, que no podía identificar.

No podía dejar de mirarla.

—¿Ya se ha acostumbrado a su nuevo domicilio? ¿Qué tal se encuentra?

Dominic sólo intentaba ser amable. Se había acostumbrado a vivir solo y su presencia le resultaba extraña.

—Bien, gracias.

Él llevó una mano a la cesta del pan y rozó a Angie sin pretenderlo cuando ella quiso alcanzar la misma rebanada.

—Cuando terminemos de cenar, tengo unos documentos de los abogados que necesito que firme.

Angie lo miró con interés.

—¿Es algo de mi casa?

Dominic sacudió la cabeza.

—No, me temo que las noticias que tengo al respecto no son buenas. Los abogados dicen que su marido tiene derecho a reclamar parte de la propiedad aunque fuera originalmente tuya. Sin embargo, no se preocupe ahora por eso; si existe una forma de parar los pies a su marido, la encontrarán.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De nuestro acuerdo.

—De nuestro acuerdo… —repitió ella.

—Si no quiere firmarlo esta noche o prefiere consultar con otro

abogado, lo entenderé. No hay prisa.

—No, no pasa nada. Es mejor que aclaremos las cosas desde el principio.

Ella asintió entonces y él se quedó extrañamente hechizado con el movimiento de su pelo.

Cuando la volvió a mirar a los ojos, ella lo observaba con inseguridad.

—Creo que me saltaré el postre y me acostaré pronto. Si es posible, me gustaría firmar esos documentos.

Diez minutos más tarde, en el despacho de Dominic, Angie protestó.

—¡Es demasiado! ¡Nadie necesita veinte mil dólares al mes para gastos!

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó él, que ardía en deseos de acariciarle el cabello—. Necesitará ropa nueva cuando el niño crezca. Y a usted no le vendría mal cambiar de vestuario.

Angie se ruborizó.

—Ya, bueno, pero veinte mil dólares… Es obvio que no conoce las tiendas donde compro.

—Pues compre en otra parte. Aunque también puede ahorrar el dinero, irse de vacaciones o donárselo a una ONG. Eso es cosa suya. Yo sólo quiero que firme el documento.

Dominic lo dijo con voz seca. Necesitaba que saliera del despacho. Estaba demasiado cerca de él y le volvía loco con aquel cabello que no dejaba de oscilar y aquellos ojos grandes, de un azul intenso.

Cuando se apartó de ella, se dijo que lo hacía para dejarle más espacio; pero se apartaba porque tenía miedo de que la tentación de tocarla fuera más fuerte que él.

No sabía lo que le estaba pasando. Aquello no tenía sentido. Sus hormonas le estaban jugando una mala pasada.

—Está bien. A fin de cuentas, es su dinero.

Angie soltó un suspiro y firmó todas las copias. Después, preguntó:

—¿Dónde más tengo que firmar?

Dominic no tuvo más remedio que volver a acercarse a ella para presentarle el documento siguiente. Entonces, ella giró la cabeza y

lo miró. Estaban tan cerca que él se quedó sin aliento.

Y tuvo que hacer un esfuerzo para no besarla.

—Señor Pirelli…

—Dominic. Llámame Dominic —susurró, tuteándola por primera vez.

—Dominic…

Él pensó que adoraba la forma en que pronunciaba su nombre; pero justo entonces, sonó su teléfono móvil y tuvo que alejarse para poder hablar.

Angie firmó el documento a toda prisa y se levantó. Al igual que Dominic, se sentía profundamente alterada por su cercanía física. Necesitaba salir de allí y respirar un poco.

Se marchó sin despedirse y se dirigió a la cocina. Caminaba tan deprisa que estuvo a punto de llevarse a Rosa por delante.

—Ah, precisamente iba al despacho para preguntar si queríais el postre ahora u os apetecía algo de beber.

Angie se ruborizó de nuevo.

—No, gracias, yo no quiero nada. Me voy a acostar. Buenas noches.

—Tendrías que haberle buscado un apartamento —protestó Simone al otro lado de la línea telefónica—. ¿Estás seguro de que llevarla a casa es una buena idea?

—No sé si será una buena idea, pero no podía permitir que siguiera viviendo en aquel agujero.

—No, claro que no, pero llevarla a tu casa… —insistió—. Dom, debes tener mucho cuidado con las mujeres como ella. Corres el peligro de que se acostumbre al lujo y no se quiera marchar.

—Tenemos un acuerdo. Lo firmó anoche. Se marchará en cuanto dé a luz.

—¿Y crees de verdad que podrá volver a ese barrio después de haber vivido en tu mansión?

—¿Por qué te preocupa tanto? —preguntó él, extrañado por su vehemencia—. Cualquiera diría que tienes un interés personal en el asunto.

Simone dudó antes de responder. —No me preocupa tanto. Es que no quiero que se aprovechen de ti.

Dominic se acordó de la reunión con Angie en el despacho, cuando estuvo a punto de besarla. Se preguntó si ella habría

provocado la situación con ánimo de seducirlo, pero desestimó la idea; ni le parecía posible ni, por otra parte, había pasado nada.

—Olvídalo, Simone. Ya me conoces. ¿De verdad crees que, después de tantos años de hacer negocios, voy a permitir que una mujer como Angie Cameron me engañe?

Simone suspiró.

—Dominic, es una mujer. Una mujer a la que su esposo ha abandonado y que, por si no te has dado cuenta, lleva un hijo tuyo. Por supuesto que intentará manipularte. Con acuerdo o sin acuerdo, lo intentará. Además, no tiene nada que perder.

—Gracias por la advertencia. Aunque dudo que exista alguna posibilidad de que me enamore de una mujer como ella.

Simone reaccionó de la forma que Dominic pretendía. Soltó una carcajada y olvidó el asunto.

Unos minutos después, cuando terminó de hablar con ella, Dominic intentó convencerse de que le había dicho la verdad. No existía ni la más remota posibilidad de que se enamorara de Angie Cameron.

Se sentía atraído por ella, pero no había pasado nada y no iba a pasar nada.

Sólo tenía que mantener las distancias y cenar en el despacho como antes de que la llevara a la mansión. Por otra parte, su contrato no decía que estuviera obligado a entretenerla durante su estancia; sólo se comprometía a ofrecerle alojamiento hasta entonces. Y cuando diera a luz, se marcharía.

Definitivamente, Angie no era un problema para él.

A fin de cuentas, no había dado tantas vueltas por el mundo para acabar sucumbiendo ante sus encantos.

Capítulo 7

A PESAR de la suavidad de las sábanas, de la comodidad del colchón y del sonido de las olas, Angie no podía dormir.

Había estado a punto de cometer un error imperdonable en el despacho de Dominic Pirelli, quien parecía más tenso que de costumbre, como si su presencia lo pusiera nervioso.

Decidió firmar los documentos tan deprisa como fuera posible y marcharse de allí; pero cuando giró la cabeza y lo encontró a escasos milímetros a distancia, mirándola con aquellos ojos oscuros e intensos, volvió a sentir un acceso de deseo.

Tendría que haberse levantado entonces.

Tendría que haberle dicho que necesitaba tiempo para leer el contrato antes de firmar, pero permaneció donde estaba y esperó.

Ni siquiera sabía a qué.

Quizás, a que la besara.

Se dio la vuelta en la cama y se tapó la cabeza con el almohadón, pensando que sus hormonas se habían vuelto locas y que la estaban volviendo loca a ella.

Además, el multimillonario Dominic Pirelli no podía tener ningún motivo para besarla.

Si necesitaba una mujer, podía elegir entre la flor y nata de Sidney.

Y por si eso fuera poco, ni ella significaba nada para él ni él significaba nada para ella, más allá del hecho de que llevara un hijo suyo.

Era una locura. Indudablemente.

Pero no iba a correr el riesgo otra vez.

A partir de entonces, se quedaría en la suite y cenaría sola con la excusa de que estar cansada. De paso, se ahorraría parte de su

vergüenza y de su angustia.

Intentó concentrarse en el sonido de las olas. Rompían en la playa con un pequeño estruendo, dejaban varios segundos de silencio absoluto y volvían a romper.

Le encantaba el sonido del mar. Y el de las gaviotas, que de vez en cuando surcaban el cielo nocturno.

Los sonidos de aquella casa no se parecían nada a los que oía en su barrio. Pero sería mejor que no se acostumbrara.

No era su casa.

La luz del garaje se encendió.

Normalmente, el despacho de Dominic era su refugio, un lugar donde se podía encerrar durante horas. Pero aquella noche no era un santuario. No podía serlo, porque tenía el aroma ligeramente afrutado y el recuerdo de los ojos azules y de los labios de la mujer a quien había estado cerca de besar.

Dominic echó un vistazo al garaje, tan grande que casi parecía un aparcamiento de la ciudad. Sus coches preferidos brillaban bajo la luz, dispuestos para la acción, y su mirada se clavó en el Ferrari rojo.

Hacía tiempo que no salía con él. Y aquella noche parecía un momento más que oportuno.

Sin embargo, apartó la mirada de los coches. No estaba en el garaje con intención de conducir un rato, sino para buscar un objeto que debía de estar allí, en alguna parte, aunque no recordaba dónde.

Tardó una hora entera, pero al final lo encontró. Estaba detrás de la estantería de la zona que utilizaba como taller.

A simple vista, sólo parecía un fardo viejo. Y lo era. Un fardo viejo, pero lleno con las herramientas que su padre utilizaba para tallar los animales de madera que habían decorado su antigua casa y las vírgenes y crucifijos que vendía para sacarse un dinero extra.

Los mangos de las herramientas le parecieron más oscuros que la última vez, quizás porque el tiempo le había dejado su huella; pero las hojas seguían igual de afiladas.

El simple hecho de mirarlas bastó para que Dominic se sintiera en otro sitio y en otra época.

Alzó la gubia y casi le sorprendió que su peso fuera el exacto; de niño, las herramientas de su padre le parecían gigantescas porque,

evidentemente, no le cabían en la mano. Pero ya no era un niño.

Bajó la cabeza y cerró los ojos con todas sus fuerzas, intentando bloquear los recuerdos del pasado.

No lo consiguió. Se vio a sí mismo sentado en las rodillas de su padre mientras éste trabajaba la madera con sus manos enormes y le enseñaba a manejar las herramientas para obtener el resultado deseado. Él le enseñó a crear los contornos básicos con la gubia y a dar los detalles con el cincel. Le enseñó a alisar la superficie y a pulirla de tal forma que estuviera absolutamente suave al contacto.

Aquel día, su padre hizo una pieza a la que después hizo una cinta roja para que se pudiera colgar del cuello. Fue un regalo para la madre de Dominic. El mejor regalo que, según le confesaría más tarde, le habían hecho en toda su vida.

Al recordarlo, se emocionó y se preguntó cuándo había olvidado a hacer las cosas que su padre le enseñó.

La respuesta era obvia.

Las había olvidado cuando aprendió que ganar dinero era importante.

Las había olvidado cuando aprendió que sin dinero no se podía ayudar a los seres queridos.

Pero el dinero no había salvado la vida de Carla.

Enfadado, salió del garaje y se dirigió al cubo donde habían terminado los restos de madera del cenador después de que la cuadrilla terminara la obra.

Escarbó entre ellos y sacó un pedazo de unos quince centímetros.

No era madera buena para tallar. Sabía que su padre no la habría aprobado. Pero tendría que servir.

Volvió al garaje, se sentó en el banco del taller y observó la pieza. A continuación, la fijó al banco de trabajo, alcanzó la gubia y golpeó. Como había perdido la práctica, la gubia resbaló en la superficie de la madera y faltó poco para que se cortara un dedo con ella.

Maldijo en voz alta y casi pudo oír la voz de su padre al oído, aconsejándole sobre lo que debía hacer.

Respiró hondo, puso la gubia en el ángulo correcto y lo intentó otra vez.

Sudaba como si hubiera estado corriendo toda la noche; pero

cuando miró el reloj, descubrió que apenas habían transcurrido dos horas desde que empezó a trabajar la pieza de madera que se encontraba ante él.

Se sentía mejor que nunca. No se había dado cuenta de que echaba de menos las herramientas y el trabajo físico.

Pero el resultado no era precisamente satisfactorio.

Observó la pieza con detenimiento y la miró por todas partes antes de lanzarla al cubo, donde cayó con un golpe seco.

Era basura.

Angie estaba aburrida. Mortalmente aburrida.

Cerró el libro que intentaba leer y pensó en el mes transcurrido desde que llegó a la mansión de Dominic Pirelli. Todo un mes dedicado a dormir, comer y nadar en la piscina.

Todo un mes sin hacer nada más.

Afortunadamente, habría recuperado las fuerzas y ya no sufría náuseas matinales; pero eso no era un consuelo.

En cambio, se sentía algo mejor por haber seguido la sugerencia de Dominic sobre lo de renovar su vestuario.

Como no quería ir sola de compras, le pidió a Rosa que hablara con su sobrina, por si podía o le apetecía acompañarla. Y resultó que Antonia era la persona más indicada para la labor.

Con su ayuda, logró volver a la mansión con un montón de ropa y de zapatos nuevos.

Incluso aprendió dos cosas: que las embarazadas no debían comprar vestidos ajustados, que naturalmente se les quedarían estrechos más tarde, y que veinte mil dólares no eran una fortuna en los barrios ricos de la ciudad.

Pero estaba muy contenta con sus compras; habían servido para que se sintiera tan femenina como bonita. Y adoraba su nueva imagen, a pesar de que su estómago crecía poco a poco.

Sin embargo, su aumento de peso no le preocupaba; de hecho, le gustaba y hasta sentía cierta satisfacción al pensar que Dominic ya no la consideraría un ratón escuálido. Aunque, para considerarla algo, habría tenido que verla. Y siempre estaba ocupado en su despacho o en el garaje.

Angie se empezaba a sentir sola. El ama de llaves era la única persona adulta con la que hablaba.

Suspiró y se dijo que necesitaba hacer algo. Ya ni siquiera disfrutaba de sus momentos de lectura en el salón de baile, con el mar al otro lado de los balcones.

Se dirigió a la cocina y Rosa se apiadó de ella. No era necesario, pero le envió a buscar leche. Al cabo de unos minutos, cuando Angie volvió, llevaba la leche, una sonrisa de oreja a oreja y un formulario.

Se sentó en uno de los taburetes y preguntó:

—¿Qué haces?

Rosa estaba cortando masa que después convertía en círculos pequeños y retorcía.

— *Tortellini*. La última vez los hice con champiñones y pollo, ¿te acuerdas? Esta vez los voy a hacer con espinacas.

—Claro que me acuerdo. Me gustaron mucho —afirmó—. Nunca había visto a nadie haciendo la pasta…

Rosa rió.

—Porque la mayoría de la gente no se molesta. Pero a mí me gusta cocinar y a Dominic le encanta mi comida… además, ahora también te tengo a ti.

—Pues me alimentas tan bien que estoy ganando peso.

Rosa asintió con gesto de aprobación.

—Entonces, estás haciendo lo que tienes que hacer.

Angie la observó en silencio durante un rato.

—Me gustaría aprender a cocinar.

Rosa dejó de preparar los *tortellini* y dijo:

—¿Quién te lo impide?

—Nadie, pero no tengo talento para esas cosas. Nunca se me dio bien; y como Shayne, mi exmarido, era de gustos básicos… no me molesté en aprender.

El ama de llaves se encogió de hombros.

—Si quieres, te puedo enseñar.

—¿En serio?

—Por supuesto que sí. Si te acercas, puedes empezar ahora mismo. Te enseñaré lo que tienes que hacer.

Minutos más tarde, cuando Dominic se acercaba a la cocina, oyó

unas carcajadas.

Durante un momento, estuvo tentado de dar media vuelta y marcharse al despacho o al taller, donde últimamente pasaba casi todas las tardes. Pero el sonido le resultó demasiado atrayente.

Hacía mucho tiempo que no oía carcajadas en la casa.

Y era la primera vez que oía las carcajadas de Angie.

Dominado por la curiosidad, entró en la cocina. Las dos mujeres estaban tan concentradas con sus cosas que ni siquiera notaron su presencia.

Por lo visto, Rosa le estaba enseñando algo a Angie, que se había puesto uno de sus delantales y tenía las manos llenas de harina. En cuanto vio la encimera, Dominic adivinó que la estaba ayudando a preparar los *tortellini* y que se le daba tan mal que todavía no había conseguido hacer ni uno.

Pero justo entonces, se oyó una voz triunfante.

—¡Por fin! ¡Lo he logrado!

Angie se giró con el tortellini en la mano para enseñárselo a Rosa. Y, al hacerlo, se encontró cara a cara con Dominic.

—Vaya, hoy apareces pronto —dijo Rosa.

—Porque esta noche tengo que volar a Singapur. He vuelto antes a casa para recoger unas cosas.

Dominic miró a las dos mujeres con interés y preguntó, aunque ya lo sabía:

—¿Qué está pasando aquí?

—Angelina me está ayudando a preparar la pasta. ¿Tienes tiempo de comer antes de marcharte? Si te apetece, tengo algunos preparados.

Él asintió.

—Claro que me apetecen. Gracias, Rosa.

Dominic las volvió a mirar y salió de la cocina. No había visto a Angie desde el encuentro en su despacho. Los dos se habían dedicado a mantener las distancias, lo cual resultaba sorprendentemente fácil en una mansión tan grande como la suya.

—Señor Pirelli…

Al oír su voz, se detuvo.

—¿No habíamos quedado en que nos tutearíamos?

—¿Seguro de que es lo más conveniente?

—Por supuesto que lo estoy, Angelina. Pero ahora que lo dices, siento curiosidad…

¿Cameron es tu apellido? ¿O es el de Shayne?

—De Shayne.

—Entonces, ya no lo necesitas. Y ahora, si no te importa, me tengo que ir. —Espera, Dominic… —¿Qué quieres? —Me preguntaba si podrías hacerme un favor. Él la miró con desconfianza y cierta admiración.

Hasta entonces, siempre la había visto con pantalones vaqueros. Pero por debajo del mandil se adivinaba una falda. Y unas piernas preciosas.

—¿Qué tipo de favor?

—Servirme de referencia.

Dominic arqueó una ceja.

—¿Cómo?

—Es para conseguir un empleo en el supermercado. Podría acudir a mis contactos antiguos, pero sería más fácil si la recomendación fuera tuya.

Él sacudió la cabeza e hizo ademán de seguir su camino.

—No, no, nada de eso.

Angie le agarró por la muñeca.

—¿Por qué no?

Él miró sus dedos pálidos y se preguntó cómo era posible que algo de aspecto tan frío estuviera tan caliente.

—Porque no necesitas un empleo.

—Claro que lo necesito.

—¿Es que no te doy dinero suficiente?

—Sí, pero…

—Entonces, no hay más que hablar. No necesitas un empleo —insistió.

Ella no se dejó convencer.

—Por supuesto que lo necesito. Necesito tener algo que hacer. Me aburro, Dominic. Aquí no hago otra cosa que leer libros y nadar en la piscina.

Dominic no estuvo seguro de haberla entendido bien. Nunca había conocido a una mujer que se quejara por no tener nada que hacer salvo leer libros y nadar en una piscina.

Desde luego, Carla jamás se había quejado por no tener un

empleo ni había dicho que se aburriera por ello.

Pero no quería pensar en Carla.

—No parecías tan aburrida cuando he entrado en la cocina.

—Porque Rosa se ha apiadado de mí y se ha ofrecido a enseñarme a cocinar.

—Pues acepta su ofrecimiento.

—No, Rosa se cansará pronto y sólo seré una molestia para ella —observó—. Pero si tuviera un trabajo en el supermercado…

—No.

—Está aquí mismo, prácticamente en la esquina.

—Eso es imposible.

—Sólo serían unas cuantas horas a la semana…

—¿Es que no me has oído? No, Angie.

Ella pegó un pisotón en el suelo.

—¿Y qué se supone que debo hacer con mi tiempo? ¿Qué ordena el gran señor, el amo de la casa?

Él se encogió de hombros y tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Estaba realmente guapa cuando se enfadaba.

—Si te aburres tanto, decora la habitación de los niños.

—¿La habitación de los niños?

—Claro. El bebé necesitará una habitación cuando nazca.

—Pero yo no… yo…

—¿Sí?

—Dominic, no puedo decorar tu casa. No es mi casa. De hecho, el niño que estoy esperando tampoco es mío.

Él la miró a los ojos, enfadado. Le parecía increíble que se mostrara tan distante con una criatura que llevaba en su interior. Aunque no fuera hijo suyo, era una mujer y lo sentía crecer día tras día.

—Quieres un trabajo, ¿no? Pues te he dado uno.

El calor de Singapur era insoportable. Además, las negociaciones sobre la venta del centro comercial se complicaron y llegaron a ser aún más insoportables que el calor. Pero al final se salió con la suya e incluso pudo volver a Sidney antes de lo que había imaginado.

Cuando aterrizó, sólo quería darse una ducha, tomarse una cerveza fría y leer la prensa, aunque no necesariamente por ese

orden.

Al llegar a la mansión, aparcó fuera del garaje. No tenía prisa. Ya metería el coche después de cenar, cuando bajara al taller.

Cada vez se sentía más frustrado con las tallas de madera, porque no conseguía los resultados que quería. Pero a pesar de ello, sabía que estaba mejorando. Aunque también cabía la posibilidad de que se engañara a sí mismo porque necesitaba tener las manos ocupadas.

Acababa de salir del vehículo cuando oyó un ruido procedente de la piscina y decidió acercarse a investigar. Le extrañaba que alguien estuviera nadando.

Era Angelina.

Tardó un poco en darse cuenta, porque se había sumergido como un delfín y en ese momento estaba buceando. Pero tras dar unas cuantas brazadas, salió a la superficie y respiró hondo.

Dominic pensó que nadaba bastante bien. Era una piscina relativamente grande y la había cruzado de un lado a otro en muy poco tiempo.

Entonces, ella se agarró a la escalerilla y empezó a subir.

Esta vez fue él quien tuvo que tomar aire.

Tenía un cuerpo tan bello como esbelto, a pesar del embarazo. Y la parte superior de su bikini le quedaba tan ajustada que apenas contenía sus senos.

Pensó que había ganado peso y asintió con aprobación. Luego, la mirada bajó hasta su redondeado estómago y sintió una especie de orgullo masculino.

Allí estaba su hijo, creciendo en el cuerpo de Angie.

Mientras la observaba, ella alzó la cara contra el sol y se escurrió la melena para quitarse el agua. El movimiento de sus brazos causó que sus senos ascendieran levemente y enfatizaran las líneas curvas de su cuerpo.

Dominic sintió vergüenza de sus propias emociones. Estaba embarazada, pero la deseaba con toda su alma. Tuvo que refrenar el impulso de cruzar la distancia que los separaba, tomarla en brazos y hundirse en ella.

La situación le resultó tan inquietante que, un momento después, se dio la vuelta y entró en la casa.

No sabía lo que le pasaba.

Quizás llevaba demasiado tiempo sin hacer el amor. Tanto tiempo, que empezaba a tener fantasías sexuales con la señora Cameron.

—Bienvenido, Dominic —lo saludó Rosa—. Espero que el viaje haya ido bien. ¿Necesitas algo?

Dominic pensó que necesitaba a Angie, pero naturalmente, se lo calló.

—Una ducha —respondió, sin mirarla a los ojos—. Para empezar.

Capítulo 8

LO ESTABA haciendo mal. Dominic se había duchado, se había servido una cerveza fría y había empezado a leer un artículo sobre paternidad en el despacho.

Según los expertos, los padres debían empezar a establecer un lazo con sus hijos antes de que nacieran. Además, en el artículo se afirmaba que las mujeres lo tenían más fácil por motivos físicos evidentes, y se hacía hincapié en que los padres debían hacer un esfuerzo extraordinario.

Se frotó la mandíbula y se repitió que lo estaba haciendo mal.

No estaba haciendo ningún esfuerzo.

Bien al contrario, no había hecho otra cosa durante el mes anterior que evitar a la mujer que iba a dar a luz a su hijo. Un detalle que era especialmente grave porque Angelina no se iba a quedar con él; no iba a estar con el pequeño cuando naciera.

Ella ni siquiera quería un bebé. Incluso se había negado a arreglar el cuarto de los niños porque consideraba que el pequeño no era suyo.

Pensó que no tenía elección. Tenía que comprometerse más.

Y, por otra parte, se dijo que era un hombre hecho y derecho y que sabría sobrevivir a otro encuentro con aquella mujer.

Su hijo merecía que hiciera un esfuerzo por él.

Empezando por organizar el cuarto de los niños.

—¿Tienes una lista? —preguntó Dominic cuando giró el volante y salieron a la carretera.

—Una muy larga. Pero no lo necesitas todo ahora. Hay cosas que pueden esperar

—respondió Angie.

—Será mejor que lo compre todo ahora. Supongo que Rosa

estará muy ocupada cuando el niño nazca.

—¿Rosa va a cuidar del bebé?

—Por supuesto.

—¿Y lo sabe ella?

—Fue idea suya. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que te parece mal?

Angie intentó contenerse y no decir lo que pensaba. A fin de cuentas, el cuidado del niño no sería asunto niño.

Pero no se pudo contener.

—Sabes perfectamente que Rosa haría cualquier cosa por ti. Pero ya tiene demasiado trabajo, Dominic… ¿cómo se las va arreglar si tiene que cuidar del niño y hacerse cargo de la casa?

Él le lanzó una mirada rápida.

—¿Por qué te preocupa lo que pase cuando te hayas marchado?

Angie reaccionó a la defensiva.

—No me preocupa —mintió—. Por mí, puedes hacer lo que quieras.

Dominic se quedó pensativo durante unos segundos, al cabo de los cuales preguntó:

—¿Quién querrías que cuidara del niño si fuera tuyo?

Ella se encogió de hombros.

—Yo, naturalmente.

—Pero si no quieres tener hijos… me lo dijiste en cierta ocasión.

—Yo no dije exactamente que no quisiera tener hijos, pero ¿a qué viene esto?

Esta vez fue él quien se encogió de hombros.

—Dime una cosa, Angelina. ¿Por qué te casaste con ese hombre?

Angie suspiró.

—Empiezo a pensar que hay una cláusula de nuestro contrato que no leí.

—¿Cómo?

—No recuerdo que nuestro contrato te diera derecho a interesarte por mis secretos más profundos y oscuros, ni para recordarme mis errores más idiotas.

Él le dedicó una sonrisa tan encantadora que ella se estremeció. Dominic nunca le sonreía. La evitaba. Y cuando no podía evitarla, se limitaba a tolerarla como si fuera un problema molesto pero inevitable.

—Te equivocas. Es la cláusula número veinticuatro, subapartado C. La habrás pasado por alto sin darte cuenta.

Angie bufó. —Venga, no seas así; responde a mi pregunta —insistió él.

—Está bien… La culpa fue de mi madre.

—¿Culpas a tu madre de haberte casado con Shayne?

—Sí. Bueno, no… en parte. Sólo habíamos salido unas cuantas veces cuando ella se puso enferma. En aquella época, Shayne era muy bueno con las dos, y mi madre se empeñó en verme casada. Quería verme de blanco antes de morir.

—Comprendo.

—Era lo menos que podía hacer. Y salió bien… durante una temporada —puntualizó—. En cuanto al resto, ya lo conoces.

Ella cerró los ojos, preparada para sentir las lágrimas y la angustia del pasado; pero sorprendentemente, no se presentaron ni las lágrimas ni la angustia.

Suspiró, aliviada, y pensó que tal vez había dejado de sentir lástima de sí misma.

—Y básicamente, ésa es toda la historia —continuó Angie—. Me extraña que no te haya dejado dormido…

—¿Cómo murió tu madre?

Ella miró a su alrededor, buscando algo donde poder fijar la mirada para escapar. Se preguntó dónde estaría la tienda a la que iban y por qué se habría empeñado en que le ayudara.

No quería comprar cosas para un bebé que no sería suyo. No quería estar tumbada en la cama, de noche, y empezar a pensar en los juguetes o en la ropita que le habían comprado.

Además, la actitud de Dominic le parecía desconcertante. Había evitado su compañía durante un mes y de repente quería que fueran juntos de compras.

No tenía sentido.

—Pero si no quieres hablar de ello…

—No, no me importa hablar.

Dominic esperó sus palabras.

—Murió de cáncer de mama. Cuando lo descubrieron, ya era demasiado tarde para tratarlo.

La memoria de Angie la llevó de vuelta a la comida de Navidad del día en que supo que su madre iba a morir.

—Un día de Navidad, mamá nos invitó a todos a un restaurante. Dijo que le había tocado una suma pequeña en la lotería y que quería celebrarlo. Nos lo dijo a todos… a Shayne, a sus padres, a sus hermanas y a mí, por supuesto. Creo que necesitaba sentir que formaba parte de una gran familia, aunque sólo fuera una vez.

Él asintió.

—Nunca habíamos ido a un restaurante el día de Navidad. Fue tan especial para todos que todavía lo recuerdo. Pero más tarde, cuando volvíamos a casa, mi madre nos confesó la verdad a Shayne y a mí.

—Que estaba enferma…

—No, que se iba a morir. Los médicos le habían dicho que sólo le quedaban unas semanas de vida y que no se podía hacer nada por evitarlo —comentó—. Sin embargo, sólo le preocupaba una cosa. Que su hija estuviera bien cuidada.

Angie respiró hondo y siguió hablando.

—Shayne y yo habíamos empezado a salir tres meses antes. Nos conocíamos muy poco.

Pero en ese momento, se puso de rodillas y me pidió, delante de mi madre, que me casara con él.

—Menuda situación…

—Sí, desde luego. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía decir? Ahora sé que debería haberlo rechazado, pero entonces era una inconsciente y no tuve corazón para negarle su último deseo a una mujer que estaba a punto de morir. Nos casamos un mes más tarde, en la habitación del hospital donde habían ingresado a mi madre. De hecho, ella fue mi madrina.

Angie bajó la cabeza y añadió:

—Murió al día siguiente.

—Lo siento mucho, Angelina.

—No podía hacer otra cosa —insistió ella, entre lágrimas—. Era la mujer que me había dado a luz, la mujer que se encargó de criarme sola cuando el canalla de mi padre decidió que no se quería responsabilizar de mí.

Él apartó una mano del volante, se la pasó alrededor del cuerpo y la abrazó con fuerza, intentando consolarla.

Ella intentó apartarse, pero Dominic no se lo permitió.

—Te pondré perdido de lágrimas…

—No importa.

Angie sacudió la cabeza e intentó controlar sus emociones.

—Lo siento, Dominic. No necesitabas oír todo eso.

Dominic se inclinó y aspiró el aroma de su cabello.

—Yo creo que sí. Ha servido para que te entienda mejor. Ahora sé por qué eres una mujer tan especial.

Angie lo miró, con los ojos aún humedecidos, y contempló su perfil.

—No, yo no soy especial, Dominic.

—Te equivocas. Eres una mujer fuerte, bella y, si me permites que te lo diga, extraordinariamente deseable.

Dominic aparcó unos segundos después. Ni siquiera sabía por qué le había dicho que la encontraba deseable. Quizás, porque se sentía en la necesidad de animarla. O quizás, porque deseaba decírselo.

En cualquier caso, ella soltó un grito ahogado de lo más elocuente. Significaba que no le creía.

—Créeme —insistió él—. Lo digo muy en serio.

Angie lo miró con intensidad y él sonrió al reconocer su expresión. Lo deseaba. Tanto como él a ella.

Y en aquel momento, sentados los dos en el coche, delante de un centro comercial especializado en productos para niños, Dominic Pirelli supo que lo que sentían no era una aberración sino lo más natural del mundo.

Descendió sobre ella, todavía inseguro, y la besó. La besó apasionadamente, como un hombre sediento.

Angie estaba jadeando cuando rompieron el contacto y se volvieron a mirar. Sus ojos azules brillaban con temor, pero también con esperanza y asombro.

Él le acarició la mejilla.

—Discúlpame. No debería haberte besado.

—No preocupes. Además, sé que no significa nada.

Dominic salió del coche y le abrió la portezuela. Sólo entonces, cuando ya estaban en la acera, dijo:

—Significa mucho, Angelina. Significa que siento lo que te pasó; significa que quiero darte las gracias por habérmelo dicho y significa que te agradezco lo que estás haciendo por mí.

Ella intentó recobrar la compostura.

—Bueno, está bien… pero supongo que deberíamos olvidarlo. Actuar como si no hubiera ocurrido.

Dominic pensó que se había vuelto loca.

Él sabía que no podría olvidar el sabor de sus labios ni el calor de su cuerpo.

No podría por mucho que lo intentara.

Pero la visita al centro comercial sirvió para enfriar un poco sus ánimos. Aunque más que un centro comercial, a Dominic le pareció una pesadilla. Era un lugar tan grande que pensó que nunca encontrarían lo que buscaban.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó, atónito.

Ella parecía tan perdida como él.

—No sé, tal vez deberíamos preguntar a algún dependiente.

Él asintió.

—Sí, será lo mejor.

Avanzaron entre los clientes que abarrotaban el establecimiento y se dirigieron al mostrador. Sólo había una empleada, que en ese momento estaba atendiendo a otra persona.

Pero alzó la cabeza como si un sexto sentido la hubiera avisado del hombre impresionante que caminaba hacia ella.

Inmediatamente, sus ojos se iluminaron. Terminó de atender al otro cliente y preguntó con ojos brillantes y una sonrisa seductora:

—¿Le puedo ayudar?

—Sí, creo que sí —respondió Dominic con su voz ronca y profunda—. Verá, voy a tener un niño y no tengo ni idea de lo que necesita. Además, tengo prisa y este lugar es tan grande que, sinceramente, no sabría ni por dónde empezar… ¿Tienen algún tipo de servicio de asesoría que nos pueda echar una mano?

Angie casi sintió lástima de la dependienta. A la mujer le faltó poco para hiperventilar mientras respondía a Dominic.

Y no era para menos.

Había hombres guapos, hombres atractivos y hombres carismáticos. Pero Dominic era todo eso y más a la vez.

Dominic era caso aparte.

No era de extrañar que aquella mujer estuviera loca con él.

—Los acompañaré yo misma —sentenció.

La dependienta llamó a otro de los empleados del centro para que la sustituyera en el mostrador y sonrió a modo de disculpa al

resto de los clientes que esperaban su turno, haciendo cola.

La gente los miró como si sintieran envidia de ellos. Y Angie pensó que su envidia habría sido mucho mayor si hubieran visto lo que habían estado haciendo unos minutos antes en el coche.

Al recordarlo, se estremeció por dentro. Los labios de Dominic eran dulces y firmes. Y su forma de besar, completamente adictiva.

Pero se recordó que no la había besado porque la deseara, sino porque sentía lástima de ella.

Y se maldijo.

Angie estaba convencida de que Dominic la tenía en poca consideración; creía que sólo le parecía una chica de los barrios bajos, obviamente inadecuada para un millonario que vivía en una mansión junto al mar.

Se acordó de su primera reunión y de la cara que tenía cuando la llevó a la casa. Se recordó que ella no pertenecía a su mundo y que dejarse llevar por el deseo era un error tan grave como peligroso. Estaban en el mundo real, no en un cuento de hadas con final feliz.

Definitivamente, había sido una estúpida.

Sin embargo, dejó de pensar en ello y siguió a Dominic y a la dependienta por los pasillos del centro.

—¿Es su primer hijo? —preguntó la mujer. Él asintió.

—Sí —respondió, sin dar más explicaciones. La dependienta miró un momento a Angie y suspiró. —Pues viéndolos a ustedes, sospecho que va a ser un niño precioso. Dominic y Angie se miraron. La dependiente había acertado, pero se había equivocado de pareja.

Por suerte, en ese momento llegaron a la zona de bebés y la conversación derivó hacia sus intereses más inmediatos.

Durante la hora siguiente, estuvieron perdidos en un mar de productos de todos los colores. Angie intentó tomárselo como un trabajo y se volvió a repetir que no tenía nada que ver con ella, que no era personal, que sólo era una especie de espectadora externa de un espectáculo ajeno.

Debía pensar en las necesidades del niño, no en que el niño estuviera creciendo en su interior.

Además, no se podía permitir el lujo de arrepentirse.

Iba a hacer lo correcto.

Iba a entregar al niño a su padre legítimo.
Pero nunca habría imaginado que le resultaría tan duro.
Miró a los padres que llenaban el centro comercial y sintió envidia. Había supuesto que entregar el niño sería fácil, que no lo sentiría parte de ella, que no lo encontraría tan atrayente ni que exigiría tanto su atención.
Pero estaba allí, dentro.
Durante unos momentos, se permitió el lujo de imaginar que las cosas eran diferentes, que el bebé era realmente suyo y que estaba de compras con el hombre más atractivo del lugar y, quizás, también de Sidney.
Sin embargo, sacudió la cabeza y lo dejó estar.
No tenía sentido que se dejara llevar por ese tipo de pensamientos. La realidad era fría y dura y la miraba a los ojos para recordarle que la había tratado tan mal porque ella era lo que era y había nacido donde había nacido.
No debía hacerse ilusiones.
Su papel se limitaba al de incubadora del bebé, al de un medio para conseguir un fin.
Una inconveniencia temporal.
De repente, Dominic le enseñó un coche de juguete.
—¿Qué te parece? ¿Te gusta?
Ella parpadeó.
—Sólo será un bebé, Dominic; será demasiado pequeño para jugar con coches. Y si es niña, puede que los coches no le gusten…
Él la miró como si la tomara por loca.
—Será niño —sentenció.
Dominic lo dijo con tanta vehemencia que ella rompió a reír.
Durante los minutos siguientes, se dedicaron a los accesorios y a los muebles para la habitación del pequeño. Se pusieron de acuerdo en el color de los primeros, que sería azul, y en el de los segundos, que sería blanco tanto si era niño como si era niña. Además, tampoco era tan importante; ya tendrían tiempo de cambiar los colores a medida que creciera.
Para Dominic fue una aventura y un placer. Por primera vez, se sintió íntimamente ligado al niño que iba a nacer. Fue tan hábil y tan rápido en sus elecciones que la dependienta dijo que era la quintaesencia de la eficacia.

Estaba mirando un carrito cuando giró la cabeza para enseñárselo a Angie y pedirle su parecer.

Pero Angie no estaba allí.

Se asustó y se preguntó dónde se habría metido, aunque no tardó en localizarla. Se encontraba a pocos metros de distancia, mirando unas prendas tan pequeñas que podrían haber sido para un muñeco.

Angie ni se dio cuenta de que Dominic se acercaba. Todo aquello le resultaba tan doloroso que derramó una lágrima.

Pensó que no debería haberlo acompañado. Su situación ya resultaba bastante dura sin necesidad de regodearse con lo que el niño se iba a poner o con lo que el niño iba a usar cuando naciera. Ni siquiera podría verlo en la gran mansión, jugando por sus habitaciones o explorando la costa.

—¿Has encontrado algo?

Ella apartó rápidamente la mirada para que Dominic no se diera cuenta de que había estado llorando.

—No. Sólo estaba echando un vistazo.

—Llevamos varias horas aquí… debes de estar agotada. La dependienta notó que algo andaba mal y decidió intervenir.

—Ya tengo la lista con todo lo que necesitan. Si quieren, puede marcharse. Me encargaré de que se lo lleven la semana que viene.

—Gracias. Se lo agradeceríamos mucho.

A continuación, Dominic pagó la cuenta.

—Vuelvan cuando nazca el bebé —dijo la dependienta—. Nos gusta volver a ver a nuestras familias felices.

Dominic todavía estaba lamentando el comentario que había hecho la mujer cuando abrió la puerta del coche a Angie.

—Bueno, ¿qué esperabas que pensara? —dijo ella.

—No lo sé, pero…

—Dominic, es normal que nos haya tomado por una pareja. Este tipo de establecimientos sólo reciben visitas de mujeres embarazadas y de sus parejas.

Él no dijo nada. Se limitó a arrancar y a encender el aire acondicionado.

—Sí, supongo que sí.

— De todas formas, esa mujer ha acertado en una cosa.

—¿En cuál?
—En que el niño va a ser precioso.
Dominic la miró con interés.
—Tu difunta esposa era una mujer muy bella —continuó Angelina—. Es injusto que no llegara a ver a su hijo.
La expresión de Dominic se volvió tan sombría que Angie lamentó haber hecho el comentario.
Pero Angie no llegó a saber por qué lo había entristecido tanto.
No imaginaba que él se sentía culpable por haber besado a la mujer que llevaba el hijo de Carla; no imaginaba que se sentía como si la hubiera traicionado; no imaginaba que, tras preguntarse si habría preferido besar a Carla en lugar de besarla a ella, Dominic no encontró la respuesta.
Fuera como fuera, sólo iba a ser una situación temporal. Cuando diera a luz, él se quedaría con el niño y ella se liberaría de la tormenta hormonal y de las fantasías sexuales que tanto la desequilibraban.
O al menos, albergaba la esperanza.
Dominic no condujo directamente a la mansión, como Angie esperaba.
—¿Adónde vamos? —preguntó.
—¿Tienes prisa? —dijo de forma enigmática.
—No, no tengo ninguna prisa.
—He pensado que podríamos darnos una vuelta y relajarnos un poco. Ha sido una jornada muy larga.
Angie se encogió de hombros, sorprendida. Era verdad que no tenía nada que hacer, pero la perspectiva de quedarse a solas con él le daba miedo. Si las cosas se les iban de las manos, se volverían a besar.
—¿Te importa?
—No, no, en absoluto —mintió ella.
Dominic pulsó un botón y la capota del coche retrocedió poco a poco, hasta que lo que único que tuvieron sobre sus cabezas fue el cielo azul.
Pocos minutos después, cruzaron el puente del puerto. Dominic parecía tan seguro sobre el sitio al que se dirigían que Angie no quiso preguntar. Se limitó a disfrutar del paisaje de la ciudad y a sonreírse con las miradas que les lanzaban desde los otros

vehículos. Los hombres miraban el coche de Dominic con evidente admiración, y las mujeres admiraban a Dominic del mismo modo.

Angie sabía que no mantenían una relación y que un beso no significaba nada. También sabía que sólo estaba allí porque tenían un acuerdo que expiraría tras el nacimiento del niño.

Las cosas serían muy diferentes entonces. Completamente diferentes. Pero eso no significaba que no pudiera disfrutar del momento y de la envidia que provocaba en los demás.

Para entonces, se había acostumbrado de tal modo a él, a Rosa y a la vida en la mansión que su antiguo barrio le parecía un sueño extraño de un pasado remoto. Iba a echar de menos el olor del mar y los amaneceres en la propiedad de Dominic.

Pero más tarde o más temprano, tendría que volver.

Había firmado un acuerdo y tendría que volver.

Mientras el viento jugueteaba con su cabello, pensó en las ironías del destino. Se había sometido a la técnica de reproducción asistida porque Shayne estaba empeñado en tener descendencia. Durante unas semanas, pensó que todo iba a cambiar y soñó con un futuro mejor. No podía imaginar que su matrimonio ya estaba muerto.

Pero luego, cuando la llamaron de la clínica y le dijeron que habían cometido un error terrible, Angie se sintió inmensamente aliviada.

Porque no iba a ser el hijo de Shayne.

Porque, en realidad, no quería tener un hijo con Shayne.

Dominic siguió conduciendo hasta que dejaron atrás el campo de *cricket* de Sidney y el circuito de carreras de Randwick. Conducía deprisa, pero era un conductor excelente y Angie disfrutó cada segundo.

Él también se había dado cuenta de que la gente los miraba al pasar. Pero a diferencia de Angelina, que naturalmente se había fijado más en el interés de las mujeres, Dominic se había fijado en el interés de los hombres.

Le pareció normal que lo envidiaran. A fin de cuentas, viajaba con una mujer preciosa, que ya no se parecía nada a la que había conocido en el paseo marítimo. Había ganado peso en todos los sitios adecuados y había mejorado su forma física a base de nadar y nadar en la piscina de la mansión.

Ya no era aquella anoréxica pálida y ojerosa.

Y tampoco era la persona que le había parecido al principio, equivocadamente.

Angelina era una mujer mucho más fuerte, compleja e interesante de lo que había imaginado.

Por fin, llegaron a su destino y Dominic detuvo el coche.

—Bienvenida a la playa de Coogee —dijo él.

Angie contempló el paisaje, realmente bonito. A un lado, el parque con su extensión interminable de arboledas; al otro, el océano Pacífico.

—¿Te apetece pasear? —continuó.

Ella asintió y salieron del coche.

Caminaron por el parque, entre los bañistas de la playa y la gente que estaba de picnic en las praderas. Después, se detuvieron en un kiosco y se compraron un par de helados. Y

finalmente, tomaron el sendero que llevaba a lo alto de los acantilados.

Una vez allí, se dedicaron a disfrutar de las vistas.

—Cuando era niño, mi madre me traía aquí muy a menudo —dijo él, con la mirada perdida en el horizonte.

—¿Tu padre no os acompañaba?

—Sí, por supuesto que sí… mi madre, mi padre y mis abuelos —se corrigió—. Al principio, cuando era pequeño, sólo me dejaban nadar en las piscinas; pero más tarde, permitieron que me bañara en el mar. Comíamos en la playa, veníamos al acantilado y soñábamos con tener una casa junto a la costa.

Angie pensó que él, al menos, había conseguido lo que quería. Y mientras contemplaba por primera vez aquella extensión interminable de acantilados y playas, también pensó que sus vidas no podían ser más diferentes.

—Lo pasé muy mal cuando mis abuelos murieron —continuó Dominic—. No teníamos mucho, pero nos teníamos los unos a los otros y éramos una familia unida. Hasta que aquel tren se llevó por delante el autobús donde viajaban… ¿Puedes creer que me sentí culpable?

Pensé que si hubiera tenido dinero, los podría haber salvado; que si hubieran tenido un coche, no habrían estado en aquel autobús.

Angie escuchó en silencio, tan asombrada por la intensidad y el dolor de las palabras de Dominic como por su propio deseo de acariciar aquella cara llena de angustia y aquellas manos que se aferraban a la barandilla.

—Mi padre ya había muerto, de modo que nos quedamos mi madre y yo. Pero no duró mucho; sólo fue una temporada. Y por segunda vez, aprendí la lección de que el amor no bastaba para salvar vidas; de que lo único que las salvaba, en determinadas circunstancias, era el dinero.

—¿Qué quieres decir?

Dominic giró la cabeza y la miró.

—Dijiste que tu madre murió de cáncer. La mía también.

—Oh, Dios mío…

—Un tumor cerebral le robó la vida. Como no teníamos dinero para pagar los servicios de una clínica privada, tuvimos que esperar varios meses hasta que le hicieron las pruebas en un hospital público y la derivaron a un especialista.

—Pero ya era demasiado tarde.

—Sí, ya era demasiado tarde. Ya no podían hacer nada —sentenció—. ¿Comprendes ahora por qué quise hacerme rico?

La voz de Dominic se apagó momentáneamente, arrastrada por el viento y por el sonido de las olas.

—Sin embargo, el dinero tampoco me sirvió para salvar a Carla. Ni todo el dinero del mundo ni todos los médicos del mundo ni los mejores tratamientos del mundo la habrían salvado.

Él se detuvo un momento y añadió:

—Cuando apareciste en mi vida, me sentía como si el destino se estuviera burlando de mí, como si quisiera recordarme que yo no puedo hacer nada, que sólo soy un ser humano impotente.

—Todos lo somos, Dominic.

—Sí, pero… ¿Sabes cuánto te odié? Odiaba lo que representabas, Angelina. Odiaba que aparecieras precisamente entonces, después de lo que había pasado, y afirmaras llevar el hijo de Carla en tu vientre.

Las olas rompían en las rocas de la playa y los chillidos de las gaviotas atronaban en el cielo, pero Angie sólo tenía oídos para él.

—También me equivoqué entonces. Tú no te pareces nada a Carla… Sólo te lo he dicho porque quiero que lo sepas y porque

necesito decirte que lo siento.

Él bajó la cabeza y suspiró.

—Bueno, volvamos a casa —dijo.

Parecía tan derrotado, tan hundido, que Angie no se atrevió a formular las preguntas que le pasaban por la cabeza. Por ejemplo, cómo había muerto Carla.

Pero al cabo de un rato, cuando descendían por el sendero del acantilado, pensó que la declaración de Dominic había servido para que lo entendiera mejor, para que comprendiera sus motivos.

Dominic Pirelli era un hombre que amaba a los suyos. Ni siquiera había dedicado su vida a hacer dinero porque el dinero le importase, sino porque lo necesitaba para proteger a los suyos.

En ese momento, se levantó una ráfaga de viento frío. Las nubes habían ocultado el sol y Angie cruzó los brazos con fuerza.

Sin embargo, la frialdad del ambiente no bastó para apagar la llama que las palabras de Dominic habían encendido en su corazón.

Le había confesado que, al principio, cuando se conocieron, la odiaba.

Pero también le había confesado que se había equivocado con ella. E incluso le había perdido perdón.

Recordó sus palabras, una a una, y se dio cuenta de que Dominic había dicho algo extraño. Había dicho que ella no se parecía nada a Carla.

Obviamente, Angie no sabía lo que había querido decir. Pero no se lo pudo tomar como un halago, porque sabía que había sido una mujer enormemente bella y poco menos que perfecta a ojos de Dominic.

Capítulo 9

DOMINIC quería estrechar los lazos con su hijo y había terminado por estrechar los lazos con Angelina.

Mientras conducía, se preguntó qué lo había empujado a revelar tantas cosas de su pasado y de sí mismo. No encontró respuesta, pero tenía la costumbre de confiar en su instinto hasta en los casos en que su instinto parecía opuesto a toda lógica.

Además, le debía algo por las cosas que había dicho y por las que había pensado cuando se conocieron.

Le debía algún tipo de explicación.

Al día siguiente, cuando volvió de la oficina, Dominic llevaba un paquete debajo del brazo.

Encontró a Angelina con Rosa, en la cocina, tal como esperaba. Estaban limpiando champiñones y habían puesto un par de cacerolas al fuego. Eran la viva imagen de un hogar.

Una imagen que todavía le inquietaba, porque la cocina había sido uno de los lugares preferidos de Carla.

—Buenos días…

Angie apartó la mirada de los champiñones y sonrió.

—Buenos días, Dominic.

—¿Qué estáis haciendo?

—Rosa me está enseñando a preparar *risotto.* Creo que empiezo a ser una cocinera más o menos decente.

Rosa también sonrió.

—¿Decente? Yo diría que es excepcionalmente buena. Si sigue así, la pasaré a mi siguiente curso de cocina para *chefs* —ironizó.

Angelina dio un golpecito a Rosa con su cucharón de madera.

—Eh, se suponía que eso era un secreto…

Rosa soltó una carcajada y se marchó.

Él se alegró de la camaradería que se había establecido entre las dos mujeres. Además, aquel lugar había recobrado la alegría y la vida desde la llegada de Angelina. Era todo un contraste en comparación con la tensión y con el drama de los días de Carla en la mansión.

Y por otra parte, la propia Angelina había cambiado.

Aquel día parecía tan feliz que sus ojos brillaban y sus mejillas estaban más sonrosadas que nunca.

Cuando se apartó de la encimera para echar un vistazo a una de las cacerolas, Dominic vio que llevaba otro de los mandiles de Rosa y que se había puesto unos pantalones cortos y una sencilla camiseta.

Desgraciadamente, no pudo disfrutar mucho de la visión de sus piernas por detrás. Un segundo más tarde se giró hacia él y la tela blanca del mandil sustituyó las vistas de su piel.

Dominic abrió el frigorífico y sacó una cerveza. No tenía sed, pero necesitaba enfriar sus emociones.

—Si me necesitas, estaré en el taller —le informó.

—De acuerdo.

—Ah, Angelina…

—¿Sí?

—Quiero enseñarte algo después de cenar.

Dominic bajó al taller y se sentó en el taburete. Estuvo tanto tiempo trabajando, con las herramientas de su padre a su alcance, que la cerveza se le calentó.

La pieza de madera era especialmente dura y suponía todo un desafío.

Pero sabía lo que quería y sabía que lo iba a conseguir.

Estaba allí, esperando que él lo sacara con la gubia y el cincel.

Angie desapareció después de cenar, mientras Dominic se ausentaba un momento para comprobar las cotizaciones bursátiles. Pero la encontró en el salón de baile, sentada junto a uno de los balcones, leyendo un libro y con un montón de ejemplares en el suelo.

—¿Te molesto?

—No, en absoluto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con curiosidad.

—Leer —respondió ella sin más explicaciones.

—¿Y por qué lees precisamente en el salón de baile?

Ella cerró el libro, echó un vistazo a su alrededor y contestó:

—Porque este lugar me gusta. Puedo ver el mar sin quemarme con el sol ni distraerme con Sven, el chico de la piscina.

Él frunció el ceño.

—¿Sven? ¿Quién diablos es Sven?

Ella rió.

—Nadie. Sólo es una fantasía. Todo el mundo debería tener alguna fantasía.

Dominic pensó que la risa de Angelina era maravillosa.

Mientras alcanzaba una silla para sentarse a su lado, se fijó en los títulos de los libros que estaba leyendo.

—Son mis libros sobre partos naturales y recién nacidos…

—Qué raro, ¿no? ¿Por qué me interesarán tanto? —se burló ella.

—¿Los necesitas de verdad?

Ella parpadeó.

—Por si no lo habías notado, voy a tener un hijo.

—Sí, claro, ya lo sé, pero… bueno, pensaba que el niño no significaba nada para ti —afirmó con sinceridad.

Ella volvió a parpadear y sacudió la cabeza.

—No sé si te entiendo, Dominic. De todas formas, sólo quiero estar preparada para lo que va a pasar.

Dominic se sentó en la silla, dejó en el suelo el paquete que llevaba y se pasó una mano por el pelo.

—Por cierto, ¿qué haces aquí? ¿Has venido para hablar de partos conmigo? —continuó Angie.

—No, no he venido por eso.

—Entonces, ¿por qué?

Dominic alcanzó el paquete, lo abrió y sacó varios libros de fotografías.

—Hoy he pasado por una librería —explicó—. Quería algo que le pudiera leer al bebé, algo para que se acostumbre a mi voz antes de que nazca. Me han dicho que los bebés pueden oír a los pocos meses… además, teniendo en cuenta que tú te vas a marchar, necesito fortalecer el lazo con mi hijo.

Angie respiró hondo. No le gustaba que Dominic se lo recordara.

—Es una buena idea. ¿Qué has comprado?

—Libros de cuentos —respondió.

Ella echó un vistazo a los títulos y sonrió sin poder evitarlo. Entre los cuentos que había comprado había algunos de que habían sido sus preferidos durante su infancia.

Dominic alcanzó el primero y se puso a leer en voz alta.

—Érase una vez…

Fue una experiencia maravillosa. Dominic leyó varios cuentos cortos y ella se dedicó a escuchar en silencio, mientras pensaba que se había equivocado con él al pensar que sólo le interesaba el dinero.

Durante aquellos momentos, le demostró que sería un gran padre. Y que su hijo sería muy afortunado.

Súbitamente, sintió algo suave en la frente y se sobresaltó. Se preguntó dónde estaba y por qué se sentía tan cómoda y tan a salvo. Incluso tenía la sensación de que el suelo se había alejado de sus pies.

Y no andaba lejos de la verdad, como descubrió enseguida.

Dominic la había tomado en brazos.

—Te has quedado dormida… —explicó él, sonriendo—. Por lo visto, mis cuentos para dormir son muy eficaces.

Ella le devolvió la sonrisa e intentó no pensar demasiado en lo bien que se sentía pegada a él.

—Vas a ser un padre magnífico.

—Eso espero.

Dominic la llevó a la *suite*. Cuando ya estaban dentro, dijo:

—Te has perdido el último cuento.

—¿Ah, sí? ¿Cuál era?

Él la dejó en la cama y le dio un beso en la frente antes de responder.

— *Acostando a mamá*.

A partir de ese momento, establecieron una especie de rutina. Dominic se levantaba temprano para ir a la oficina y ella se dedicaba a pasear por los acantilados, nadar en la piscina, leer un poco o ayudar a Rosa.

Cuando caía la noche, Dominic se sentaba con ella en el salón de baile y leía cuentos al bebé.

Y casi siempre, Angie se quedaba dormida.

Empezaba a lamentar amargamente su destino.

Le habría gustado estar allí cuando el niño naciera y su padre le leyera cuentos y el niño se quedara dormido tan deprisa como ella misma.

Pero antes de que tuviera ocasión de ponerse sensiblera con lo que iba a echar de menos, llegó la furgoneta del centro comercial. Y estaba cargada de ropa y de accesorios de todo tipo para el bebé, incluido el papel pintado y la pintura que necesitaba para redecorar el cuarto de los niños.

Angie no perdió el tiempo. Se puso un mono y empezó a trabajar. Si no tenía un empleo, al menos se podía entretener con el cuarto.

Rosa ya se había encargado de que sacaran los muebles viejos, lo cual facilitó la labor. En cuanto la vio, pensó que sería una habitación perfecta; era muy grande y tenía espacio de sobra para dedicar toda una parte a zona de juegos.

Desgraciadamente, tenía un pequeño defecto; estaba tan lejos del dormitorio de Rosa que Angie tuvo miedo de que el pequeño llorara y nadie se llegara a enterar. Pero Rosa la tranquilizó enseguida con el argumento de que ya habían encargado monitores para instalarlos y tenerlo vigilado.

—No te preocupes por eso. Dedícate a lo tuyo, que es decorar la habitación —dijo con humor.

Y Angie se puso manos a la obra.

Dedicó varios días a arrancar el papel de las paredes y dejarlas completamente lisas y limpias para poder pintar.

Fue un trabajo muy satisfactorio. Cada vez que añadía una capa de color, pensaba que estaba haciendo algo verdaderamente especial. El hijo de Dominic iba a tener la mejor habitación para niños del mundo.

De noche, cuando Dominic volvía a casa, la solía encontrar en la cocina, ayudando a Rosa a preparar pasta o pan fresco. A veces le tomaba el pelo sobre el tiempo que estaba tardando en decorar la habitación, pero a Angie no le importaba en absoluto. En cambio, sentía una curiosidad creciente por su costumbre de desaparecer todos los días en el taller, justo antes de cenar.

—¿Sabes qué hace abajo? —le preguntó una noche a Rosa—. ¿Se dedica a jugar con los coches del garaje?

El ama de llaves se encogió de hombros.

—Qué sé yo… antes de que llegaras, se encerraba en el despacho. Y desde que llegaste, se encierra en el taller.

Angie se estremeció. Le pareció extraño que Dominic Pirelli hubiera cambiado de costumbres precisamente desde su llegada.

—¿En serio? Qué raro.

Rosa asintió.

—Sí que es raro. ¿Y sabes otra cosa? Dominic nunca se acercaba antes a la cocina, salvo para avisarme de que había vuelto a casa.

Angie lo miró con asombro.

—Es verdad —continuó—. Jamás se interesaba por lo que estaba preparando ni metía las manos en mis guisos. ¿Qué le ocurrirá?

Angie no lo sabía. Y no lo quería saber.

De hecho, ni siquiera quería pensar en ello.

Pero unos momentos después, mientras aliñaba la ensalada, se puso a pensar en los motivos de Dominic.

Quizás bajaba al taller para hacer algo de ejercicio y potenciar su apetito.

Quizás entraba en la cocina y se fingía interesado en la cena porque quería vigilarla y asegurarse de que todo iba bien.

Pero había otra posibilidad.

Una posibilidad inquietante.

Una posibilidad que no quería tomar en consideración porque, si se equivocaba, se sentiría más humillada que nunca.

Además, era imposible que Dominic se sintiera atraído por ella. Era imposible que entrara en la cocina por el placer de gozar de su compañía.

Incluso el beso que se habían dado había sido un error. Él mismo lo había dicho y ella había estado de acuerdo. Un error que no se volvería a repetir.

Justo entonces, notó que el bebé se movía y soltó un grito ahogado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rosa—. ¿Te encuentras bien?

Angie sonrió y se llevó una mano al estómago.

—Lo he sentido, Rosa… Lo he sentido moverse. Todavía es muy pequeño, pero lo he sentido —repitió, asombrada.

Rosa le dio un abrazo.

—Ah, es una sensación incomparable. Tu bebé está jugando. Y

espera a que empiece con el fútbol… Entonces, te sentirás más viva que nunca —ironizó.

—Nunca habría imaginado que sería así.

Todavía estaba sorprendida con el concepto de tener a otro ser vivo en su interior. Hasta ese momento no había sido consciente de las emociones que despertaría en ella, de la sensación de formar parte de algo maravilloso.

Aunque algo tarde, se había dado cuenta de que tenía un lazo increíblemente fuerte con un niño que ni siquiera era suyo.

Y le asustó.

Dos noches después, mientras Rosa les servía la cena, Dominic declaró.

—Mañana me voy a Auckland. Estaré una semana entera.

Dominic se explayó un poco más y Angie lo escuchó con atención, aunque sabía que sus explicaciones se dirigían fundamentalmente a Rosa, para que pudiera hacer planes en consecuencia.

Una semana.

Una semana entera era mucho tiempo. Lo podía aprovechar para colocar los muebles del cuarto de los niños y terminar la decoración. Así se lo podría enseñar cuando volviera.

Pero lo iba a echar de menos.

—Simone vendrá conmigo esta vez, porque hay un par de actos a los que debo asistir.

Pero no estará localizable si me intentáis llamar por algo urgente… si necesitáis hablar conmigo, llamadme directamente a mí.

Rosa le lanzó una mirada a Angie, que se limitó a sonreír y a fingir que no le preocupaba, aunque se sintió súbitamente celosa.

Al fin y al cabo, Simone era una mujer elegante y muy atractiva; y ella, en cambio, poco más que una incubadora del niño de Dominic. Pero no tenía derecho a exigirle nada. Ni siquiera tenía derecho a sentirse celosa porque una mujer fuera a compartir sus días y sus noches con él. Era su secretaria. Nada más que su secretaria.

Se intentó convencer de que lo iba a echar de menos por el esfuerzo que Dominic estaba haciendo con el bebé.

No porque se hubiera enamorado.

Porque no podía estar enamorada de él.

Pero una voz interior le dijo que se estaba mintiendo, que sólo podía haber un motivo para que se sintiera celosa.

Y odió su voz interior.

Aún le estaba dando vueltas al asunto, pensando que no tenía ninguna posibilidad contra la esbelta, morena e impresionante Simone, cuando oyó que pronunciaban su nombre y parpadeó, desconcertada.

Era Dominic. Estaba tan perdida en sus pensamientos que se había dedicado a jugar con los espagueti sin llegar a tocarlos.

—No estás comiendo —dijo él, mirándola con intensidad.

—Es que no tengo hambre.

Él frunció el ceño.

—¿Estás enferma?

Angie sacudió la cabeza.

—No, estoy bien.

Dominic no la creyó, pero cambió de conversación.

—¿Cuándo te van a hacer la próxima ecografía? Me gustaría acompañarte.

Angie buscó entre sus desordenados pensamientos hasta encontrar el recuerdo adecuado. Dominic tenía razón; había pedido cita con el especialista para que le hicieran la ecografía de las veinte semanas de embarazo.

Ya habían pasado veinte semanas. No se lo podía creer. Lo que significaba que sólo faltaban veinte más para el parto.

Sacudió la cabeza y dijo:

—Tengo cita el día veintiuno. Pero no esperaba que me acompañaras.

Él le lanzó una mirada llena de firmeza, como queriendo decir que el niño era suyo y que no se lo perdería por nada del mundo. Una mirada que Angelina iba a echar de menos.

—Allí estaré.

Auckland fue una pesadez para él.

Normalmente disfrutaba de hacer negocios cara a cara y de todo el proceso de la negociación, pero esta vez resultó más duro que de costumbre y terminó harto de comidas de negocios y reuniones de negocios, sin más rostro amigo que el de su secretaria.

Simone era la única persona que lo entendía en esas circunstancias. Y hacía un trabajo excelente.

Se mantenía a su lado, decía las cosas correctas, sonreía a las personas adecuadas e incluso les reía sus chistes aunque no tuvieran ninguna gracia.

Por suerte, era la última noche. Tenía una última fiesta y luego volvería a Sidney.

Comprobó los gemelos de la camisa y se preguntó cómo iría todo por casa.

Seguro que Angelina había ganado peso.

Angelina.

El nombre le quedaba muy bien. Al principio no le había gustado porque se había presentado como Angie y no le parecía un buen nombre para ella.

Pero Angelina era perfecto. Más que apropiado para aquella mujer de piernas largas, cabello como bañado por el sol, labios suntuosos y unos ojos tan azules que siempre se sentía tentado de zambullirse en sus profundidades.

Una imagen asaltó sus pensamientos. Angelina en la piscina de la casa, quitándose el agua del pelo, con sus senos convertidos en una invitación.

Dominic se excitó al instante y se maldijo. Era absurdo que se sintiera atraído por una mujer que sólo era una incubadora para él. Y también era absurdo que se excitara con ella ahora, cuando estaban tan lejos.

Pero por otra parte, le pareció normal que la deseara precisamente en ese momento. Se había tenido que alejar de Sidney toda una semana para echar de menos su casa. Una casa donde antes estaba Carla.

Se puso la chaqueta y borró el recuerdo de su difunta esposa. Carla se había ido. Y él no volvería a cometer el error de enamorarse de una mujer tan superficial. Pero Angelina no era superficial. Y estaba en la mansión, en ese mismo momento, con su hijo. Cuando lo pensó, comprendió que no necesitaba seguir en Auckland. Podía volver cuando quisiera.

La habitación era perfecta. O casi perfecta, porque Angie se dio cuenta de que había dejado los ositos de peluche en el suelo en

lugar de colocarlos en su estante.

Los recogió, se subió a una silla y los puso uno a uno en el lugar que les correspondía. Le gustaban aquellos muñecos de peluche. Adoraba sus caras, algunas inocentes, otras pícaras, pero todas ellas encantadoras.

—¿Qué diablos estás haciendo?

Ella se giró tan deprisa al oír la voz que perdió el equilibrio y cayó al vacío con todos los ositos.

Por suerte, Dominic la alcanzó antes de que llegara al suelo.

—¿Cómo se te ha ocurrido una idea tan estúpida? —bramó él.

—¿Una idea estúpida? —preguntó ella, intentando recobrarse del susto—. La culpa la tienes tú por haberme asustado.

—¡Pero te habías subido en una silla!

—Lo sé. Y estaba perfectamente bien hasta que has entrado sin llamar y me has gritado

—afirmó.

—¡Pero estabas en la silla! —insistió.

—Y a salvo hasta que tú has llegado.

Él suspiró.

—¿Te encuentras bien? ¿El niño está bien?

—Por supuesto que está bien.

Angie pensó que la única que no estaba bien era ella. Dominic ya la había dejado en el suelo, pero sentía el contacto de sus manos en los hombros y se le habían endurecido los pezones.

Sin embargo, se alegró mucho de verlo. Admiró su cabello revuelto y sus ojos negros como la noche y tuvo la sensación de que las piernas se le derretían.

Apenas tuvo fuerzas para decir:

—Bienvenido.

Sólo fue una palabra. Bienvenido. Pero Dominic se sintió más vivo que nunca.

La atrajo hacia él, le acarició suavemente el pelo, contempló su delicado cuello y le dio un beso largo y apasionado.

El sabor de su boca era adictivo, irresistible. No se cansaba de él.

Y al sentir el contacto de sus senos contra el pecho, decidió que había llegado el momento de decir lo que tenía que decir.

—Te deseo. No sé por qué. Puede que sea un sentimiento inadecuado o poco ético, pero te deseo y sé que, si te vuelvo a

besar, no podré detenerme; tendré que hacerte el amor, Angelina.

Ella soltó un gemido, pero no se apartó ni hizo ademán alguno de salir corriendo.

Simplemente, lo miró con las pupilas dilatadas.

—Eres preciosa —continuó él—. Deja que te haga el amor.

Por fin, Angie reaccionó.

—Tengo miedo —le confesó en voz baja.

Él le besó las mejillas, los ojos y la nariz.

La besó con una delicadeza exquisita, como si quisiera decir al mismo tiempo que él también estaba asustado y que no había motivos para tener miedo.

La llevó a su dormitorio y la tumbó en la cama. Aquella cama grande y cómoda siempre había sido la segunda cosa que más le gustaba de la casa, después de las comidas de Rosa; pero cuando vio a Angelina tumbada en ella, decidió que había pasado a ser la primera.

Se arrodilló a su lado y le acarició la cintura, las caderas y la curva de su abultado estómago. Todo le parecía mágico. Todo le parecía felicidad pura. Y cuando le acarició uno de los senos y sintió que el pezón se endurecía bajo su contacto, sintió un acceso de orgullo.

Le gustaba el vestido que llevaba. Especialmente, porque pudo introducir las manos por debajo de la tela y ascender hasta su trasero sin nada que obstaculizara su camino.

Ella se estremeció y se arqueó.

Incapaz de contenerse, Dominic se quitó la camisa. Después, se desabrochó los pantalones y se los bajó ante la mirada intensa y llena de deseo de Angelina, que brilló con aprobación al contemplarlo unos segundos después, ya desnudo.

—Dominic…

Él se tumbó en la cama y la besó, pensando que no podía existir ninguna sensación más placentera.

Sin embargo, no era suficiente. Todavía no la había desnudado.

Le quitó el vestido, lo dejó a un lado y le desabrochó el sostén. Después, admiró sus pechos durante un momento y le succionó los pezones antes de bajar rápidamente a su estómago, que besó dulcemente.

Mientras lo hacía, le bajó las braguitas y la empezó a acariciar entre las piernas. Pero las caricias tampoco le parecieron suficiente. Necesitaba ir más lejos. Y la empezó a lamer, una y otra vez, sin descanso.

Ella gemía de placer, completamente entregada al contacto de su lengua, que había derribado todos sus muros.

Cuando se supo al borde del orgasmo, al borde del punto donde ya no había retorno, se puso más tensa. Dominic volvió a lamer y la catapultó al clímax, conteniendo a duras penas su propia necesidad.

Angie no podía respirar, no podía pensar. Pero se sentía mejor que nunca. Era como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo hubieran cobrado vida de repente. Y debía de ser así, porque se volvió a excitar cuando Dominic subió hasta la altura de su boca y la besó.

—Quiero tenerte, Angelina, quiero estar dentro de ti —dijo, acariciándole el estómago—.

Pero seré cuidadoso.

—No te preocupes. El niño está bien —susurró.

—Eres tan sexy…

Dominic bajó la cabeza lo necesario para succionarle un pezón. Angie sintió un placer tan puro que casi no se dio cuenta de que la penetraba.

Y luego lo notó. Allí, dentro de su cuerpo.

Y lo sintió tan grande que casi tuvo miedo. A fin de cuentas, habían pasado muchos meses desde la última vez que hizo el amor.

Él se empezó a mover y ella olvidó todo salvo las sensaciones. Arqueó la espalda y movió las caderas para acomodarse a su tamaño mientras hundía la cabeza en el almohadón.

El tiempo parecía haberse detenido.

Estaban juntos, fundidos, como un solo ser.

De repente, él se retiró un poco. Angie notó que estaba haciendo un esfuerzo por contenerse y que necesitaba salir de ella para recuperar el control, pero no se lo permitió.

Tensó los músculos sobre su pene y abrazó con fuerza a Dominic para no pudiera escapar.

Él gimió con desesperación. Se hundió en ella hasta el fondo y se empezó a mover otra vez, más deprisa, con un ritmo creciente,

aumentando la intensidad de sus besos y sin dejar de acariciarle los pechos y las caderas.

En algún lugar de la mente de Angelina se encendió una luz. No podía tener dos orgasmos el mismo día, tan juntos. Nunca los había tenido. Sencillamente, era imposible que los tuviera.

Pero se equivocaba por completo. Sintió la ola de tensión y de necesidad que iba creciendo en su interior. Una necesidad que iba más allá de su propio placer. Una necesidad que exigía el placer de Dominic.

Con su última acometida, él encendió las llamas de Angelina y ella se arrojó al fuego sin temor alguno.

Mientras se estremecía, se preguntó si conseguiría salir de aquella nube de placer donde se había perdido, si lograría encontrar el camino de vuelta.

Un buen rato después, aprovechó que Dominic se había quedado dormido para levantarse de la cama con sumo cuidado. Faltaba poco para la noche y Rosa se estaría preguntando por ella. A fin de cuentas, siempre bajaba a esas horas a la cocina para echarle una mano.

Le daba miedo que el ama de llaves entrara en la habitación y los encontrara desnudos.

Le daba miedo que Dominic despertara y la mirara con recriminación, porque estaba convencida de que se arrepentiría de lo que habían hecho.

Había sido un error. A decir verdad, toda su vida había sido un error.

Se había equivocado al casarse con Shayne, se había equivocado al someterse al proceso de reproducción asistida y, por último, la clínica se había equivocado de embrión.

Acostarse con Dominic sólo era un error más.

Por lo visto, no había aprendido nada.

Alcanzó la ropa, se la puso a toda prisa y se giró hacia la cama para admirar la belleza de su cuerpo.

Después, se marchó.

Angelina se había marchado cuando Dominic despertó y la intentó tocar, deseándola de nuevo. Su aroma seguía en la cama, fresco y femenino, tentándolo en su ausencia.

A la luz del crepúsculo, que se filtraba por el balcón, Dominic

pensó que sólo había sido sexo, nada más que sexo. Pero de ser así, también había sido la mejor experiencia sexual de su vida.

Se levantó y se dirigió al cuarto de baño, preguntándose si ella pensaría lo mismo que él.

Sabía que no había fingido. Tenía la experiencia necesaria como para no dejarse engañar con esas cosas.

Y después de hacer el amor, Angelina se había ido.

Tal vez fuera lo mejor; a fin de cuentas, se iba marchar de todas formas.

Abrió el grifo de la ducha y entró en la bañera cuando el agua todavía salía fría.

Angelina se iría cuando diera a luz. Era lo que habían acordado. Pero faltaban varias semanas hasta entonces y él estaba dispuesto a disfrutar hasta el último segundo.

Capítulo 10

ANGIE y Dominic entraron en la clínica y se sentaron en la sala de espera. Ella supuso que tardarían un rato en recibirlos, pero la llamaron diez minutos después y le hicieron pasar a una de las consultas, donde se quitó la ropa y se puso una bata blanca.

Cuando ya se había tumbado en la camilla, Dominic entró, le dedicó una sonrisa y se quedó a su lado. El médico encendió un monitor y pasó el escáner por el estómago de Angie.

—¿Todo está bien? —preguntó Dominic, obviamente nervioso.

El médico asintió.

—Sí, todo parece perfecto. ¿Quieren saber si será niño o niña?

Angie no esperaba la pregunta y no supo qué decir, de modo que miró a Dominic.

—¿A ti qué te parece? Al fin y al cabo, es tu hijo.

Dominic la miró con intensidad antes de responder al doctor.

—No. No nos lo diga.

El médico asintió y siguió con la ecografía, mientras ellos miraban el monitor con fascinación. Angie estaba tan encantada con las imágenes del pequeño que se emocionó, pero recordó inmediatamente que no se podía permitir el lujo de quererlo.

Sólo había decorado la habitación de los niños porque Dominic se lo había pedido, y sólo se mostraba interesada por el bebé porque era lo menos que podía hacer en esas circunstancias.

Se dijo que no quería verlo. Se dijo que no quería desearlo. Se mintió.

—¿Ves bien? —preguntó Dominic—. ¡Se está chupando un dedo!

A pesar de su inseguridad y de sus temores, Angie volvió a mirar la pantalla y comprobó que Dominic tenía razón. El niño se estaba chupando el dedo.

—Es precioso —dijo él.

Ella suspiró, pero se mantuvo en silencio.

Creía ser un simple instrumento para Dominic, el instrumento que le iba a dar un hijo.

Por otra parte, los hombres como él no se enamoraban de mujeres como ella; se enamoraban de mujeres impresionantes que les podían ser de utilidad en sus carreras profesionales, no de chicas de barrio sin educación.

Además, Dominic no había vuelto a ella desde el día en que hicieron el amor. Y desde su punto de vista, eso sólo podía significar que se había arrepentido.

Pensó que sólo le quedaba una opción. Debía mantener las distancias con él.

Ya no podía salvar su corazón, pero podía salvar su orgullo.

Angie se mostró tan fría y distante durante el camino de vuelta que Dominic no se atrevió a iniciar una conversación. Cuando llegaron a la mansión, se separaron y no se volvieron a ver hasta la hora de la cena, que habría resultado tan silenciosa como el viaje de no haber sido por el tintineo de los cubiertos y por las apariciones de Rosa cuando entraba a servir o a retirar platos.

Al final, Dominic se levantó y se alejó hacia la puerta. Pero en el último momento, se detuvo y dijo:

—Tengo algo para ti. Ven a verme al despacho dentro de diez minutos.

Diez minutos más tarde, Angie entró en el despacho y lo encontró de pie, detrás de la mesa.

—¿Qué me querías enseñar?

Dominic alcanzó unos documentos y se los extendió.

—Creo que esto es tuyo.

Confundida, ella alcanzó los papeles y les echó un vistazo rápido.

—¿Es lo que creo que es?

Él asintió.

—En efecto. Es el título de propiedad de tu casa de la avenida Spinifex. Ahora es tuya; completa y exclusivamente tuya.

—¡Mía! —exclamó, asombrada—. Pero Shayne… ¿Qué ha pasado? ¿Cómo has conseguido que renunciara a quedarse con una

parte?

—Ha sido cosa de los abogados, no mía. Aunque ya sospechaba que se mostraría dispuesto a llegar a un acuerdo.

—Pero, ¿quién ha pagado el resto de la hipoteca? Aquí dice que está cancelada…

—Olvídalo, Angelina. Shayne ha salido muy barato; y la hipoteca, aún más barata que él.

Pensé que era lo menos que podía hacer por ti.

Angie se había quedado sin habla. Ni siquiera sabía si Dominic había solucionado sus problemas porque efectivamente se sentía agradecido o porque se la quería quitar de encima tan pronto como diera a luz.

Cuando logró reaccionar, dijo lo único que podía decir. —Gracias.

La noche era tan cálida que Angie no podía conciliar el sueño. Al cabo de un rato, cansada de dar vueltas, se levantó y salió al balcón para refrescarse un poco; pero no corría ni una brizna de viento.

Al ver la luna reflejada en el agua de la piscina, pensó que un chapuzón le iría bien.

Serviría para refrescar su cuerpo y para refrescar su mente, porque no conseguía quitarse a Dominic de la cabeza. Además, estaba segura de que nadie la vería. Era muy tarde y tanto él como Rosa estarían dormidos.

Se puso el bikini que había comprado con Antonia y se miró al espejo. Le quedaba tan ajustado que apenas contenía sus senos y casi resultaba indecente, pero alcanzó una toalla de todas formas y bajó.

El agua estaba muy fría, pero no sirvió para acallar su deseo. Echaba de menos a Dominic. Extrañaba sus caricias hasta tal punto que el contacto del agua en sus pechos le hizo recordar sus manos y su boca.

Era terriblemente frustrante.

Mientras Angie nadaba, Dominic estaba trabajando en el taller. Quería terminar con la pieza que tenía entre manos, aunque sólo fuera para dejar de pensar en ella. Además, el cubo de la basura estaba llenos de proyectos anteriores, todos fracasados, y quería insistir hasta lograr lo que quería.

Sin embargo, un minuto después miró el reloj y se dio cuenta de

que se había hecho muy tarde. Sería mejor que descansara un poco.

Dejó la estatuilla de madera sobre la mesa de trabajo y apagó la luz.

La noche estaba tranquila y silenciosa cuando salió al exterior. La luna brillaba en el cielo y no había ni rastro de brisa. Ya estaba a punto de entrar en la casa cuando oyó un ruido procedente de la piscina.

Se dijo que no era posible, que las fantasías sexuales nocturnas sólo eran eso, fantasías sexuales.

Pero en este caso, se hicieron realidad. Angelina estaba allí, nadando bajo la luz de la luna, con un bikini que era un pecado.

Ella oyó sus pasos un momento antes de oír su voz.

—Hace calor esta noche. ¿Te importa que nade contigo?

Angie tragó saliva.

—Es tu piscina, Dominic. Pero no vas precisamente vestido para nadar.

—Eso tiene fácil arreglo.

Él se quitó los zapatos y ella se dio la vuelta para no mirar. Después, oyó que se arrojaba al agua y se giró de nuevo. Dominic pegó unas cuantas brazadas poderosas y se sumergió de repente.

Angie no sabía dónde estaba. El agua estaba tan oscura que no lo podía ver. Y de repente, reapareció a su lado.

—¿No podías dormir? —preguntó él.

—No…

Dominic la miró fijamente, le apartó el cabello de la cara y le acarició la mejilla.

—Quería darte las gracias por lo que has hecho en el cuarto de los niños. Rosa me ha contado que lo has hecho tú sola, sin ayuda de nadie.

—No es para tanto —acertó a decir, casi sin aliento—. Ha servido para mantenerme ocupada.

—Porque te gusta mantenerte ocupada, claro.

—Sí, me gusta tener algo que hacer.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. No lo había pensado.

Dominic le puso una mano en el cuello y la acercó un poco.

—Yo tengo una idea. Si te parece bien.

—¿De qué se trata?

—Bueno… no sería exactamente un trabajo, sino más bien un pasatiempo.

Ella sonrió.

—¿Con qué condiciones?

—Oh, no te preocupes por eso; las condiciones serían muy favorables —respondió con malicia—. Pero debes saber que tendrías que hacer turnos de noche, y turnos muy largos.

Angie se preguntó qué le estaba ofreciendo. Quería que fueran amantes, eso era obvio; pero quizás quisiera algo más.

—¿Necesitaría referencias? —preguntó, siguiéndole el juego.

Él la besó en el cuello y le acarició los pechos.

—No, no necesitarías referencias. Sólo una entrevista personal. Con preguntas fáciles de responder.

—Adelante entonces. Pregunta.

—¿Me deseas?

Ella asintió y no se resistió cuando Dominic le quitó el sostén del bikini y la liberó de las braguitas. Bien al contrario, cerró las piernas alrededor de su cintura, ofreciéndose.

—¿Estás seguro de que soy la persona que estás buscando?

Él, que estaba completamente desnudo, la penetró con una acometida fuerte y rápida.

—Créeme, Angelina. Eres perfecta para mí.

Las palabras de Dominic la excitaron tanto que tardó muy poco en el alcanzar el clímax.

Había dicho que era perfecta. Perfecta.

Nadie se lo había dicho antes; ni siquiera su madre. Además, Dominic parecía absolutamente sincero; tan sincero que hasta la propia Angelina se lo creyó.

Incluso cabía la posibilidad de que se hubiera enamorado de ella. Aunque sólo fuera un poco.

Dominic no llegó a decirle que se había ganado el puesto de amante; tampoco llegaron a mover las cosas de Angie a su dormitorio, pero ella pasó muchas noches en aquella habitación. Y el resto, en la suya.

El humor de Dominic había cambiado tanto que, cada vez que entraba en la cocina, le robaba comida a Rosa o le daba un beso en la mejilla. En cuanto a ella, estaba cada vez más enamorada; pero

las hojas del calendario iban pasando y seguía sin saber si tendría un futuro con él después del parto.

Lo amaba con todas sus fuerzas. Lo amaba como nunca había amado a nadie. Y amaba al niño que crecía en su interior. Y se desesperaba cuando empezaba a pensar que podía perderlos a ambos.

Sin embargo, no tenía elección. Había firmado un contrato y se marcharía con la cabeza bien alta. No se atrevía a confesarle sus sentimientos; porque si Dominic la rechazaba, sería su fin.

Ya lo había terminado.

Dominic alzó la estatuilla en sus manos, asombrado con el poder de las herramientas de su padre y con la belleza de la obra que había creado.

No sabía si a Angelina le gustaría, pero se la regalaría cuando el niño naciera. Y faltaba muy poco.

No quería que se marchara; quería romper su acuerdo y mantenerla allí, en el lugar al que pertenecía. Lo habría deseado aunque no llevara a su hijo en su vientre. Lo deseaba tanto que estaba dispuesto a formular la petición que le había rondado la cabeza durante meses.

Se iba a arriesgar mucho. Pero merecía la pena.

Aquella noche, después de hacer el amor, Dominic dijo:

—Quédate. No te vayas.

El corazón de Angie estuvo a punto de pararse.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hay razón para que te vayas.

—Pero tenemos un acuerdo… te prometí que no cambiaría de idea y que no te causaría problemas después del parto.

—¡No será ningún problema! —protestó—. Eres genial. A Rosa le encantará que te quedes…

sé que no querías el niño, pero también sé que serás muy buena con él. Además, podrías ayudar a Rosa. Sería perfecto.

—¿Quieres que me quede para echarte una mano con el niño?

Él le acarició la cara.

—Supongo que ardes en deseos de recobrar tu libertad; pero no sería tan duro.

—¿Y cuánto tiempo sería? —se atrevió a preguntar—. ¿Cuánto tiempo quieres que me quede?

Él llevó una mano a sus muslos y le lanzó una mirada intensa.

—¿Tan difícil sería, Angelina? ¿He hecho mal al pedírtelo? ¿Prefieres marcharte y volver a esa casa?

Angelina sacudió la cabeza.

—No, claro que no. Me quedaré.

Estaba en la cocina, preparando una ensalada, cuando sintió un dolor tan fuerte que se quedó sin aliento y se tuvo que doblar. Rosa se dio cuenta y corrió hacia ella.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Es demasiado pronto…

Rosa le acercó una silla y la ayudó a sentarse.

—Descansa un poco. Voy a llamar a Dominic.

El dolor se repitió otra vez, más fuerte que antes. Era tan insoportable que gritó. Un momento después, vio un hilo de sangre que le bajaba entre las piernas.

Rosa, que ya había llegado al teléfono, la miró y se quedó pálida.

Angie sintió pánico.

En ese mismo instante, fue consciente de que quería tener el niño, de que lo deseaba con toda su alma, de no que no podía perderlo.

Capítulo 11

DOMINIC estaba en la sala de espera, caminando de un lado a otro, preguntándose qué diablos estaría pasando. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero tenía la sensación de que habían pasado horas.

Cuando Rosa lo llamó por teléfono y mencionó a Angelina con desesperación, supo lo que había pasado. Salió de la oficina a toda prisa y se dirigió directamente al hospital. Pero seguía sin saber nada. Sólo sabía lo que Rosa le había dicho, que Angelina se había desmayado y que había sufrido una hemorragia.

Asustado, se sentó junto al ama de llaves, le pasó un brazo por encima de los hombros y apretó con fuerza. Una enfermera apareció y los dos se levantaron al unísono.

—¿Señor Pirelli?

—Sí, soy yo…

—Ha tenido una niña preciosa. La podrá ver dentro de poco.

Dominic cerró los ojos un momento y suspiró.

—¿Y Angelina?

—Los cirujanos siguen con ella. Ha sido un parto complicado. Cuando sepamos algo más, se lo haremos saber.

Dominic y Rosa se volvieron a sentar.

—Una niña… —dijo ella, con los ojos inyectados en lágrimas—. Qué maravilla.

—Angelina se pondrá bien. Seguro que se pone bien. Es fuerte, es una luchadora. No le pasará nada.

Mientras pronunciaba esas palabras, Dominic se dio cuenta de que se había enamorado de ella. Había estado tan ciego que había necesitado un susto como aquel para ser consciente de que la amaba.

Los minutos pasaron poco a poco, con una lentitud desesperante. Hasta que la puerta se abrió y rea pareció la misma enfermera de antes, que ahora empujaba un carrito con un bebé.

—Aquí tiene a su hija, señor Pirelli.

Él no pudo hacer otra cosa que mirarla con asombro.

—¿No la quiere tener en brazos?

Dominic no supo qué decir. Le parecía tan pequeña y tan frágil que le daba miedo.

Además, seguía preocupado con el estado de Angelina.

—Ah, no se preocupe por la señora Cameron. Está bien. La han llevado a la sala de recuperación.

Toda la tensión que había acumulado durante la espera se esfumó de repente. Angelina estaba bien. La niña bien. Y las dos eran suyas.

Dominic no pudo ver a Angelina hasta la mañana siguiente, porque los médicos se lo impidieron. Cuando entró en la habitación, ella tenía los ojos cerrados como si estuviera durmiendo; pero los abrió enseguida.

—Dominic… —dijo con debilidad—. Lo siento tanto…

—¿Por qué lo sientes?

Dominic se acercó y la besó.

—Porque pensé que iba a perder a la niña.

—Pero no la has perdido, Angelina. ¿La has visto ya?

Ella sacudió la cabeza contra la almohada.

—No, aún no. Pero tendrás que ponerle un nombre… ¿Ya lo has decidido?

—Sí. Y Rosa está de acuerdo conmigo. He decidido que lleve el nombre de sus madres.

Angie estaba tan débil que no le entendió bien y dijo:

—Sí, Carla es un nombre bonito.

—Querrás decir Ángela Carla Pirelli —puntualizó él—. Espero que te guste.

—¿Ángela? —preguntó con asombro—. Pero si acabas de decir que…

—Que llevaría el nombre de sus madres; de las dos. Además, tú tienes más derechos que nadie sobre la niña. No fue Carla quien se quedó embarazada de ella, sino tú. Tú eres quien le ha dado la vida.

—Pero…

—¿Es que no lo entiendes? Es tu hija, Angelina, nuestra hija. Eres su madre. Angie apretó los labios con fuerza e intentó refrenar las lágrimas, pero no lo consiguió.

—Estás llorando… —dijo él, preocupado—. ¿He dicho algo malo?

—No, todo lo que has dicho es bueno —contestó—. Entonces, ¿puedo ver a mi niña?

Él sonrió.

—Por supuesto que sí.

Minutos después, la enfermera se presentó con la pequeña, que dejó en sus brazos.

—Le he traído un biberón por si no le quiere dar el pecho.

—No sé, creo que me gustaría… ¿a ti qué te parece, Dominic?

—Lo que mejor te parezca a ti. Es tu decisión.

—En tal caso, lo intentaré.

Angelina se abrió la bata y le dio el pecho a la pequeña.

—Hola, Ángela Carla Pirelli… eres una chica muy afortunada. Tienes dos madres; la que te ha dado la vida y la que te dio tu belleza.

Dominic las miró con emoción.

—Y tú eres la mujer que no quería tener ese hijo. Mírate ahora. Eres la madre perfecta

—bromeó.

—Es cierto que no quería tenerlo; por lo menos con Shayne. Pero después cambié de opinión. Insistía en ello porque pensaba que tendría que separarme del bebé cuando diera a luz y no quería tomarle cariño. He intentado no quererlo —le confesó—. Pero no lo he conseguido.

—Cásate conmigo, Angelina.

Ella parpadeó, atónita.

—¿Qué?

—Que te cases conmigo. Que te conviertas en mi esposa.

Angelina sacudió la cabeza. Creía estar soñando.

—No te sientas obligado a casarte, Dominic. No me debes nada.

—No me siento obligado, Angelina. Te lo pido porque me quiero casar contigo.

—Pero eso no puede ser… sólo soy una chica de los barrios bajos. ¿Qué va a pensar la gente?

—No me importa lo que la gente piense. Lo sabes de sobra.

—Pero hablarán de todos modos.

—Y descubrirán que yo crecí a tres manzanas de tu casa, aunque con unos cuantos años de diferencia —le confesó—. Sí, Angelina. Pasé los primeros quince años de mi vida en tu barrio. Viví allí con mis padres y mis abuelos. Y cuando murieron, me marché, gané dinero y me compré la mansión que conoces; la casa que ellos siempre habían deseado, la que nunca pudieron tener.

—Sin embargo, sigo sin entender por qué te quieres casar conmigo…

Él la tomó de la mano.

—¿Por qué? Porque te amo. Aunque he sido tan estúpido que no me di cuenta hasta ayer, cuando pensé que podía perderte.

Angie no se atrevía a creerlo. Era demasiado bonito para ser verdad.

—Pero Carla… pensé que seguías enamorado de Carla.

—Carla siempre tendrá un lugar en mi corazón, pero ya no estoy enamorado de ella.

—Era una mujer muy hermosa…

Dominic asintió.

—Una mujer muy hermosa y también muy difícil. No se parecía a ti, Angelina. No era ni tan fuerte ni tan profunda. Siempre quería lo que no podía tener, siempre deseaba algo más, nunca estaba satisfecha. Nada le parecía suficientemente bueno para ella. Ni el dinero ni la casa… nada.

Dominic se detuvo un momento y siguió hablando.

—Un día, decidió que su felicidad dependía de tener un hijo. Desgraciadamente, ya había perdido mucho peso para entonces y no podía concebir; estaba tan obsesionada con su peso que se volvió anoréxica. Cuando te conocí, me recordaste a ella y me pareció tan injusto… no entendía cómo era posible que tú te hubieras quedado embarazada y que Carla no lo hubiera conseguido.

—Sí, más tarde me dijiste que me habías odiado.

—Lo sé y lo siento. No te conocía. No confiaba en ti. Además, estaba enfadado con todo y con todos porque ni todo mi dinero había servido para salvar la vida a mi esposa. Y cuando apareciste en el paseo marítimo, me hiciste revivir el infierno que había dejado atrás. Pero me has cambiado la vida. Quiero estar contigo.

Quiero que seas mi esposa. Te amo y espero que algún día, con suerte, tú también me ames.

Ella lo miró con ojos empañados.

—Te amo, Dominic. Lo he pasado tan mal estos meses, sabiendo que te amaba y que al final te iba a perder…

Angie rompió a llorar. Pero eran lágrimas de alegría, de amor.

Él se sentó en el borde de la cama y le pasó un brazo alrededor del cuerpo mientras acariciaba la cabeza del bebé.

—Pues cásate conmigo —insistió—. Me temo que no tengo un anillo a mano; pero tengo esto.

Dominic alcanzó un paquete pequeño, envuelto en papel dorado y cerrado con un lazo rojo.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad.

—Ábrelo.

Ella soltó el lazo, quitó el papel con mucho cuidado y abrió la caja. En su interior había una estatuilla de madera en la que se reconoció al instante. Estaba desnuda y embarazada. Su cabello le caía sobre los pechos y tenía las manos en el estómago.

—Es realmente bonita, pero… ¿de dónde la has sacado?

—La he hecho yo. ¿Recuerdas que en cierta ocasión me dijiste que yo no hacía nada útil?

—Oh, no, no. Estaba equivocada, Dominic. En aquella época no te conocía bien.

Él sacudió la cabeza.

—Tenías razón. Estaba tan ocupado ganando dinero que me olvidé de hacer cosas importantes, cosas de verdad, cosas reales. Tal vez no lo sepas, pero mi padre me enseñó a tallar la madera. Tú me diste la inspiración para buscar sus herramientas y…

—¿Yo te inspiré?

—Por supuesto que sí. Aunque fue más difícil de lo que recordaba. Lo intentaba una y otra vez y fracasaba todo el tiempo. Hasta que un día te vi junto a la piscina, quitándote el agua del pelo, y supe que debía capturar esa imagen. Tú me has devuelto al hogar, Angelina.

Me has devuelto a la realidad.

Ella derramó otra lágrima.

—Es preciosa, Dominic. Preciosa.

—Tú eres preciosa, Angelina; y siempre lo serás para mí —dijo

—. ¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡La adoro! Casi tanto como te adoro a ti.

Dominic inclinó la cabeza y la besó.

Epílogo

ANGELA Carla Pirelli asistió a la boda de sus padres cuando ya tenía seis meses y medio. Para entonces, todos la llamaban AC-DC, como el grupo de *heavy* metal, porque era una niña de mucho carácter.

De hecho, la pequeña parecía creer que aquella ceremonia se había organizado en su honor. Y a juzgar por la atención que todo el mundo le dedicaba mientras iba pasando de mano en mano, cualquiera habría dicho que aquella criatura sonriente y llena de pecas estaba en lo cierto.

Pero a ojos de Dominic, la protagonista del día era evidentemente Angelina, que apareció en el cenador del jardín con un vestido inspirado en la Grecia clásica que le hacía parecer una diosa.

—Creo que esa hija tuya va a ser todo un personaje.

Dominic se giró hacia la mujer que se había convertido en su esposa unos minutos antes y protestó.

—Vaya, así que ahora es mi hija. Yo creía que también era tuya.

—Sí, bueno, casi todo el tiempo —ironizó.

En ese momento, Rosa dejó a AC-DC en los brazos de uno de los invitados, que la miró como si no supiera qué hacer con ella. Pero la niña le dedicó una sonrisa tan encantadora que el hombre rompió a reír y le empezó a hacer arrumacos.

—¿Lo ves? Justo lo que ha pasado entre nosotros —dijo Angie —. Una mujer inesperada conoce a un hombre muy serio, se enamora de él y conquista su corazón. Pensándolo bien, esa niña ha salido a mí.

Dominic sonrió.

—¿Y cómo crees que sería nuestro hijo si tuviéramos uno?

—Oh, sería un tipo de lo más peligroso —respondió rápidamente —. Un rompecorazones.

Conduciría deportivos, saldría con mujeres muy atractivas y sabría qué hacer con los coches y con las mujeres.

—Sospecho que no intentas halagarme con eso…

—Te equivocas. Porque nuestro hijo también será un gran hombre. Un hombre que se ganará el corazón de una chica enormemente afortunada.

Dominic se limitó a abrazarla con fuerza, aunque deseaba quitarle el vestido y hacerle el amor allí mismo, a pesar de que estaban rodeados de gente.

—¿Te quedarás para siempre conmigo, señora Pirelli?

—Por supuesto que sí. Te amo, Dominic. Y estaré siempre a tu lado.

Mientras la besaba, Dominic pensó que *siempre* era una palabra demasiado corta.